ADMINISTRACION DEL GENERAL JORGE UBICO

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

ARTURO CAPDEVILA

EL POPOL-VUH PARA TODOS

ILUSTRACIONES DE

MIGUEL ANGEL AYALA

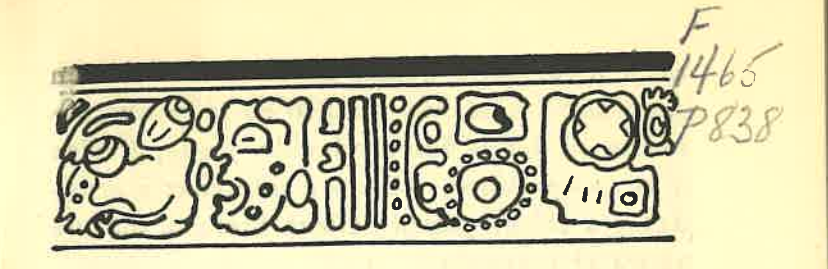
(GUATEMALTECO)

GUATEMALA, C. A.

JULIO DE 1938

F9192-1m2c-7-38

OGRAFIA NACIONAL.—GUATEMALA, CENTRO - AMÉRICA



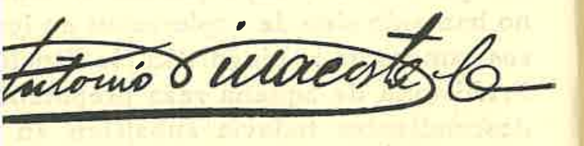
PRESENTACION

Los estudios hechos de la famosa Biblia indoamericana denominada "Popol-Vuh", que contiene la creencia cosmogónica de nuestros antepasados los maya-quichés de Guatemala, no han sido sino de exploración en los extensos campos de la Lingüística, la Etnología y la Prehistoria de aquella raza prepotente cuyos descendientes todavía subsisten en nuestra América istmeña; pero fué necesario que un gran poeta de las orillas del Plata, allá en Buenos Aires, leyera nuestro libro sagrado, para que a su evocación los héroes legendarios de aquella legendaria edad, tomasen vida en los trece magníficos episodios en que los hace aparecer su genial taumaturgo, y vuelvan otra vez a nuestros lares evocados por la varita mágica del Arte.

Y allí tenéis al Doctor don Arturo Capdevila, a quien me cabe el placer de presentar a los niños de mi patria, como autor de este *Popol Vuh para todos,* que vale tanto como

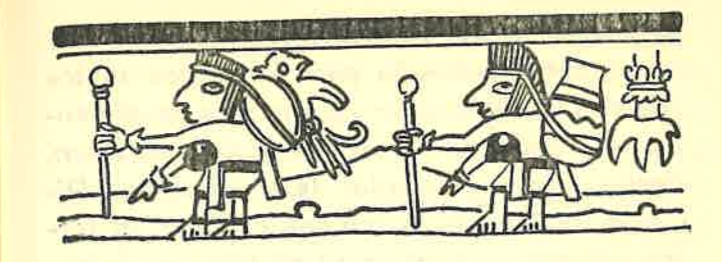
vulgación genial de un libro único en .; y aun más, exótico en la misma con donde fué producido, y que, gracias episodios, volverá a interesar a granchicos por la belleza literaria en que : presenta.

ienvenido, pues, a Guatemala, efluvio al del genio bonaerense, y que estos s del *Popol Vuh* sean debidamente los como aporte del Alma de Gua-a la cultura continental.





DOCTOR ARTURO CAPDEVILA, ARGENTINO



EXPLICACION NECESARIA

La obra que ahora se edita bajo el alto patrocinio de Su Excelencia el señor Ministro de Educación Pública de Guatemala, que lo es, para mayor gloria mía, el preclaro Licenciado don J. Antonio Villacorta C., de nombradía continental y europea, se empezó a publicar en "La Prensa", de Buenos Aires (siempre dispuesta, bajo la inspiración de sus Directores, D. Ezequiel P. Paz y Doctor don Alberto Gainza Paz, a enaltecer toda buena empresa americana), pero no vió integramente la luz sino en los Anales de la Sociedad de Geografía e Historia, *a gentil requerimiento de su dirección.*

¿Qué virtud había en mis Episodios del Popol Vuh, *para que así merecieran tan alto honor? La de aspirar su autor a la realización de un* Popol Vuh para todos, *mediante*

su traslación del versículo científico —necesariamente reservado para los pocos sabios que en el mundo son—, *a una más amplia zona —la del arte—, en que todos pudiesen, doctos y legos, disfrutar de su encanto. Dicho de otro modo, había que exponer en forma enteramente nueva su material y asunto. Para conseguirlo, hube de desarrollar en episodios la materia muchas veces confusa del original, distribuyéndola en los debidos planos y perspectivas de una acción dramática. Todo ello sin que nada se omitiese: me refiero a toda la primera parte del libro maya, hasta la destrucción de Xibalbá, en que consta lo realmente esencial de aquella Biblia.*

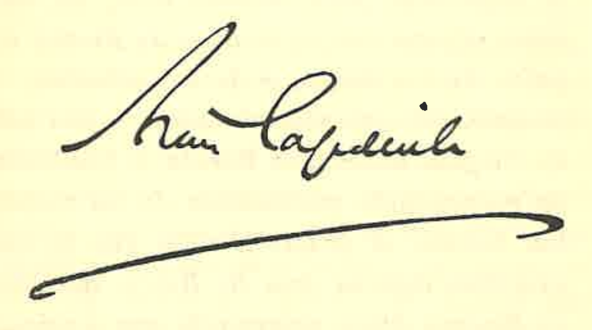
En cuanto a la segunda parte del Popol Vuh, *tuvo que ser muy otro el criterio de la realización. Firme en el intento de lograr un* Popol Vuh para todos, *del mayor interés humano y universal posible, debí prescindir de toda circunstanciada referencia local: que era mejor, sin duda alguna, renunciar al detenido desarrollo de tanto bello incidente, en que por cierto abunda el texto, que comprometer la unidad de la obra. Por consiguiente, toda la segunda parte se hallará sintetizada en el* Epílogo. *No importa. Por tal manera, mi* Popol Vuh para todos *se presentará al lector, unido, homogéneo,* bíblico *y, desde luego, fiel, fidelísimo a su propia tradición.*

Ahora bien: como quiera que se trataba de un servicio a la cultura de América, me daba el corazón que algún premio habría de tener mi modesto pero bien inspirado trabajo: pues harto sé de la generosidad de nuestra tierra y pueblos. Y premio tuvo de inmediato en el aplauso de muchos americanistas insignes, y en primer término de mi dilecto amigo el Doctor Máximo Soto Hall, años ha incorporado a la Argentina, para nuestro bien, en calidad, como alguna vez se lo dije, de ilustre embajador de los mayas y de los atlantes. Vino después el voto elocuentísimo y tan valioso, de Virgilio Rodríguez Beteta, y finalmente la ya mencionada publicación de mi trabajo en los Anales, *al propio tiempo que la notable escritora inglesa Ana N. Berry, actualmente en Buenos Aires, emprendía una preciosa versión al inglés.*

Pródigo ha sido el destino. Y, de veras, la presente edición ilustrada por admirables artistas de Guatemala, e impresa en la Tipografía Nacional, de bien ganado renombre, todo esto bajo los auspicios de quien une a la alta jerarquía de la función la singular categoría de su obra, queda más allá todavía del más ambicioso sueño.

Y, sin embargo, no me basta, guatemaltecos muy queridos. Pues ¡quién pudiera algún día llegar hasta vuestra hermosa patria y contemplar entre vosotros, las incomparables maravillas de un ayer misterioso! Dios dirá...

Entretanto, las gracias de todo corazón al ilustrado Gobierno que tanto me honra y los más fraternales sentimientos para los eminentes colegas de la Sociedad de Geografía e Historia.



Buenos Aires y enero de 1937.



INTRODUCCION

Sagrado, sacratísimo es el texto de toda Biblia. Sacratísimo lo decimos, el de la Biblia quiché: el texto del *Popol Vuh* de los mayas de Guatemala. Mas, ¿para qué quieren los poetas ni los pueblos materiales yertos? Los sabios cierran las puertas; los poetas las abren. La erudición es silencio; el entusiasmo siempre una canción. No a fuer de sabio sino a ley de poeta soplé en el viejo libro religioso, hice subir al aire el polvo de los callados versículos. Cegóse el aire. Díjele a la nube: Cobra formas, muévete, anda. ¡Cuántas fueron las extrañas figuras manifestadas, de dioses, de hombres, de fantásticos seres! Díjeles: Vivid, hablad, dialogad. Pasad del texto bíblico al teatro; de la cosmogonía a la escena. Así nació antiguamente la tragedia. Renazcan también así los tiempos del *Rabinal-Achí,* el danza-drama famoso.

Por tal modo trasladé estas visiones del frío mundo de la ciencia filológica al ámbito vivo del arte. ¿Es mucho? No puede ser menos. De ser menos, no sería nada. Así lo hice por amor a América y devoción a sus cosas. Puede que éste sea un mensaje esperado acá, allá, en alguna parte. El mundo es grande. El teatro lo es más. ¿Y el alma del hombre? En ningún teatro hay nunca tanta multitud como en el alma de un hombre.





El loco pasa profetizando... "Mañana no serán más todas éstas, que habitaciones de lechuzas y de gatos monteses..."

HISTORIA PATETICA DEL POPOL-VUH

El "Popol Vuh" es la Biblia de los mayas-quichés de Guatemala y el Yucatán; y los mayas-quichés son el pueblo más sabio de América. Pero, ¿cómo se pudo saber algo de esta Biblia, cómo se salvó intacta para la civilización?

Aquí queremos contar su patética historia, contarla a lo poeta; no, por Dios, a lo erudito.

¿Que si ilumina allá? Hay un tiempo, después de nadie sabe qué cataclismos, en que la luna pasea por los cielos de América alumbrando sólo ruinas. Quiriguá... Copán... Xochicalco... Palenque...

Mitla... Uxmal... Tihuanaco... la Isla de Pascua... cementerios de obeliscos, de pirámides, de estatuas. Sólo el cielo de América no está en ruinas (¡y quién sabe no lo esté!). La luna recorre los espacios de la noche alumbrando campos de destrucción: la Isla de Pascua... Tihuanaco... Uxmal... Mitla... Palenque... Xochicalco... Copán... Quiriguá... piedras muertas. Encima y en torno, queriendo tragárselo todo, la selva. Y allí donde antaño unos hombres casi divinos levantaron esos ahora dormidos monumentos, el salvaje; el salvaje que es la selva hecha hombre; por mejor decir, hecha antihombre. Presencia horrible... vuele el cóndor, si lo quiere. Unicamente sobre ruinas se posará. De cumbre en cumbre su ojo no descubrirá sino escombros. Y singularmente dos pueblos de guardia: los mayas, los incas... cuidando las ruinas, como a la espera de su resurrección. Cuidándolas; luchando con el antihombre y con su espantosa madre, la selva.

Cuidando ruinas... A su sombra, ¿qué gigantes, qué dióses pasaron? Lo ciclópeo, lo formidable está allí en el obelisco, en la estatua colosal, en el monolito, en la pirámide... ¿Y qué? En vano interrogarán los nuevos Volney a las soledades. Los dioses y los pueblos pasaron. Nada saben, ni siquiera de sí mismas, las misteriosas estatuas de la isla de Pascua, ese desierto con estatuas. Nada de nadie los obeliscos de Quiriguá. Nada el pórtico de Tihuanaco; por allí no entran ni salen ya más que el viento y la sombra. Los dioses y los pueblos pasaron. ¿Quiénes primero: pueblos o dioses? ¿Cuáles en pos?

Los pueblos sabios —los mayas, los incas—, se preguntaban, como nosotros hoy: ¿Cuántos miles de años entre nosotros y esas ruinas? Asombrados se quedaban, con las sacerdotales manos sobre el pecho, los ancianos de las tribus, delante de Copán, la ciudad de los muros revestidos de estuco, la ciudad de la gran escalinata jeroglífica, que subía desde la plaza al templo. Asombrado y extático se preguntaba: ¿Para qué escalar las tristes gradas? De un hueco a otro hueco, ¿para qué subir ni bajar? Asombrados y extáticos se quedaban los ancianos ante Mitla, oyendo las leyendas que hablaban de un templo subterráneo sin fin... Asombrados y extáticos delante de Tihuanaco, de Uxmal. Ellos también se preguntaban —los más sabios—, sin acertar con la respuesta: ¿Cuántos miles de años entre nosotros y esas ruinas?

Larga calle de ruinas, América; y por esta ancha calle la procesión de los dioses antiguos y de los pueblos que fueron. Después, en tropel, todos los clanes sonámbulos, nacidos como al acaso, del triste seno de la desmemoriada tierra. Y la selva hecha hombre. Y acabemos la antítesis; el hombre hecho selva.

Un día, los conquistadores, vestidos de hierro. Los conquistadores por el Norte, por el Centro, por el Sur. Hecho tan grande, ¿no había de presentirlo América? Toda América lo presintió como en sueños. Mirad, si no, por tierra de los mayas-quichés, la ciudad de Gumarkaj, la ciudad mayor de su reino. He ahí un indio loco profetizando por sus calles. Quiere adivinar lo que no se sabe. Un

niño noble, hijo de noble funcionario, asómase a verlo pasar, atraído por el tumulto. El loco pasa profetizando:

—Ya llegan... ya llegan...

Alguien le dice:

—Di, tu casa, ¿cuál es...?

Responde:

—¿Casa? ¿Y para qué quiero casa? Mañana no serán más todas éstas, que habitaciones de lechuzas y de gatos monteses.

El loco sigue su camino profetizando. Las gentes ríen tras él. Solamente el niño no ríe. El soplo de la verdad le ha dado en la cara del alma. Tiene miedo; pero no un miedo estéril, como pueda ser cierto que el episodio le ha traído, con la certeza del cataclismo, la seguridad de afrontarlo. ¿Fecha? Poned comienzos del siglo XVI. Total, a 4 de abril de 1524, no quedará piedra sobre piedra en la ciudad de Gumarkaj, y los señores de los mayas se habrán vuelto humo y ceniza en los quemaderos de don Pedro de Alvarado.

Sí. Los conquistadores. Alvarado y su hueste. Fué cogida Gumarkaj, la ciudad de las calles escalonadas. Ahora arde por los cuatro costados. Toda ella es un brasero en que se acaban los mayas. El loco de la profecía puede reír ahora de los que ayer reían de él. Hay que huir. Al incendio seguirá la matanza. Huyendo hacen camino por lo secreto de la montaña, hacia un refugio del Sur, los nobles de Gumarkaj. En esa caravana va la nobleza toda de los quichés. Entre ellos aquel niño a quien no

se le olvidó nunca más la cara del loco ni su palabra que decía: "Vuestras casas serán mañana habitaciones de lechuzas"... Niño ayer, hoy mancebo, ya tiene para siempre el ojo sombrío de los que saben toda la verdad, de los que atravesara toda la verdad de lado a lado. Lloran los míseros repechando las cuestas, la destrucción de su gente, el incendio de su ciudad, el sacrificio de sus reyes... El sitio en que al fin se refugian se llama Ziguán-Tinamit. Parece un nombre de la Biblia, y su caso colectivo para contado en versículos... Ziguán-Tinamit tiene al frente el cerro Pocojil. Al pie del cerro mana una fuente. El mancebo suele subir a lo alto del cerro. No va solo. Le acompaña siempre algún anciano que lo inicia en las graves cosas de su raza y de su tierra. Todo se vuelve mito o leyenda a su alrededor. Toda cosa debe ser sabida de nuevo.

Rodeando el caserío están las barrancas, cargadas de bosques. Entre el verdor suben al cielo los altos pinos. A su sombra corre un río: el Xalbaquiej: el río lleno de secretos qué contar.

—¿Dónde nace este río, padre?

—En el cantón de Mucubaltzip...

Y el mancebo se queda pensando en ese nombre de Mucubaltzip, que significa "donde se entierran las nubes".

De este río de sus dioses sacarán el agua de su bautismo los sacerdotes del nuevo Señor; de ese río pagano, el agua cristiana con que bautizándolo en Cristo, le matarán su antiguo nombre. No lejos levantaron ya los hombres nuevos una capilla con

su correspondiente pila bautismal. Los dilatados pinares, noche a noche, susurran inmensamente, pero no dicen nada. Las montañas, los bosques, los torrentes consintieron la ajena dominación: ¿qué harán los pobres hombres, sino consentirla también? Sólo una vez, desde la mañana del bautizo, se oyó la voz del huracán que pasaba aullando: "Yo soy vuestro dios"... Pero al otro día, las montañas, las arboledas, las aguas, la capilla: cada cosa estaba en su sitio, y la cruz en lo alto.

El mancebo que oyó la voz del loco va de mancebo para hombre. Sabe el idioma de sus mayores como pocos lo supieron antes que él. Sabe también la lengua del conquistador. Nacido en familia de dignatarios de la corte quiché, entiende los jeroglíficos. Letrado en letras españolas, puede verter aquéllos con éstas, y viceversa. El es el escogido. Nadie sabrá nunca cómo llegó a su alma el mandato que le impuso la sagrada tarea de dejar escrito para siempre el nunca escrito libro de las tradiciones quichés. Caso estupendo de conciencia religiosa. Caso extraordinario de conciencia artística. Albacea formidable en todo caso, aquel hombre. Albacea de un gran pueblo que se va y quiere salvar su Biblia. Nada más admirable, de verdad, que este último maya de los mayas de Kumarkaj, escribiendo con los caracteres gráficos del vencedor, el Génesis de su pueblo, desde la hora de la creación. Los ríos, las montañas, las piedras hablan para él. Y él escribe. Escribe y guarda. Bien sabe que los tiempos no están buenos para mostrar lo que va recogiendo; pero adivina que otros tiempos vendrán a los que pueda hacerse ofrenda de tal tesoro. Es-

cribe y guarda. Con sigilo, con minucioso sigilo, como para cometer un crimen. se recoge a escribir. Sobre su cabeza cayó el agua bautismal; se le reputa buen cristiano; va a misa. Quizás fué leal escribiendo desde las primeras líneas: "Esto fué escrito dentro del cristianismo y la palabra de Dios...". El testamento queda hecho. Otros sacarán otras copias. Y el siempre repetido libro será leído de generación en generación por los hijos de los quichés, que mamarán en él la doctrina de sus dioses.

*

* *

Pasan dos siglos, casi dos siglos, sin que nadie sepa nada de aquella Biblia; salvo los que deben saber.

¿Y aquella procesión en la noche? Son ellos: los descendientes de los grandes mayas. La aurora los encontrará en marcha. Se dirigen al sito donde antiguamente se levantó la ciudad de Gumarkaj. Ya suben, ya suben el montículo en que antaño se alzara el santuario de sus númenes. Allí, en un hueco, sólo de ellos conocido, queman su ofrenda a las divinidades autóctonas y depositan las flores amarillas de la muerte.

Están por despertar los tiempos. Fines del siglo XVII. El manuscrito quiché será encontrado. Lo encuentra un buen fraile dominico: Fray Francisco Ximénez. Leyéndolo, exclama con las manos juntas: "Si alguna lengua se puede decir formada por el Autor Sobrenatural es esta lengua quiché". Maravillado, traduce la obra al español, y la inserta en

su "Historia de la Provincia de Chiapa y Guatemala". El mundo se entera, sí, pero como quien no pára mientes en ello. La Biblia quiché sigue siendo un secreto; ayer, de mayas iniciados; ahora, de eruditos.

*
* *

Corre otro siglo.

Y son, mirad, los tiempos del Abate iluminado, los tiempos del Abate francés Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg. Llega a tierra de América, seguro de su destino. He ahí un hombre capaz de sacar a luz una Biblia. Si el indio es taciturno, él es porfiado. ¿Le cierran una puerta? Toca con los nudillos. ¿No le quieren como a cura? Pues le querrán como a médico: su botiquín portátil le ha dado excelente fama de curandero. Tarde o temprano hay que abrirle el corazón; y allá va sabiendo cosas: la vieja lengua es ya como suya. El ojo se le vuelve adivino. Tiene algo de mago en la mirada, en las maneras, en la voz. Llega y ordena. Nadie será osado a contestarle: no sabemos. Se le dirá cuanto quisiera saber. Fué terrible oírle un día hablar así:

—¡Ah! ¿No sabéis las cosas que os pregunto? ¿No me las queréis decir? Pues enteraos de que yo las sé, y muy mejor que vosotros. Por eso me tenéis aquí. ¿Quién soy yo? Enteraos: yo soy el que sabe.

He aquí un hombre capaz de sacar a luz una Biblia. Además, el siglo está listo para recibir un mensaje como ése. El teatro del mundo está dispuesto para la nueva gran función. Después de los vedas del Oriente remoto, los vedas del remoto Occidente. Es lo justo. Los espectadores han ocupado sus butacas: son los americanistas. El Abate Brasseur tiene la voz que hace falta tener para ser oído.

Por otra parte, ha hallado un nombre de inmensa sugestión para su Biblia quiché: el "Popol Vuh". Que no sea su título justo, su designación exacta, poco o nada importa, siendo verdad que las palabras "Popol Vuh", que nadie entiende, dicen muchísimo a las gentes. Los sabios y los legos del mundo se pusieron de pie para mirar, para atender, para escudriñar. El periodismo recogió la buena nueva y la llevó por toda la redondez de la tierra.

Los muertos dioses de América habían resucitado.





EPISODIOS DEL POPOL-VUH



"Apenas, nube sobre nube, los paisajes y los vanos edificios del caos..."

I

LA CREACION

¿La noche? Más bien la nada. En el seno de la sombra flotan vagas manchas de luz. ¿El alba? No se ve forma alguna. Apenas, nube sobre nube, los paisajes y los vanos edificios del caos. Mas he aquí voces en la noche.

Primera voz.—¿No es todavía el alba de la vida?

Segunda voz.—No. Su faz está oculta.

Primera voz.—¿Los Constructores? ¿Los Formadores? ¿Las Madres? ¿Los Padres?

Segunda voz.—Duermen. Todos duermen. Todo suspenso, todo vacío, todo inmóvil, todo en silencio.

Primera voz.—¿Nada reunido?

Segunda voz.—Nada.

Primera voz.—¿Nada hecho?

Segunda voz.—Nada.

Primera voz.—¿Tu nombre?

Segunda voz.—Maestro Gigante Relámpago. ¿El tuyo?

Primera voz.—Huella del Relámpago.

Segunda voz.—¿Hay alguien más?

Tercera voz.—Sí. Yo. Mi nombre: Esplendor del Relámpago. Somos los tres Espíritus del Cielo. Estamos juntos.

Primera voz.—Entonces cantemos.

Las tres voces.—Que el alba se haga en el Cielo y en la Tierra, y que un día nazca el hombre.

Primera voz.—Está bien.

Segunda voz.—Está bien.

Tercera voz.—Está bien.

Primera voz.—¿Qué pasa?

Segunda voz.—Hay una niebla. Hay una nube grande separándose del seno de las nubes.

Tercera voz.—¿Qué pasa?

Primera voz.—Agua, agua. Inmensamente agua.

Segunda voz.—¿Qué pasa?

Tercera voz.—Salen del agua las montañas, las grandes montañas.

Primera voz.—¿Qué pasa?

Segunda voz.—Caminan los arroyos entre los montes.

Tercera voz.—¿Qué pasa?

Primera voz.—Venados, pájaros, pumas, jaguares, serpientes, víboras en las montañas y entre los bejucos.

Segunda voz.—Está bien. "Tú, venado, sobre el camino de los arroyos, en las barrancas dormirás; en las hierbas, en las malezas vivirás; en las selvas, entre los platanares fecundarás; en cuatro pies andarás."

Tercera voz.—Fué hecho como fué dicho.

Primera voz.—¡Pájaros!... He ahí los árboles, anidad. En los bejucos moraréis; os multiplicaréis entre las ramas...

Segunda voz.—Está hecho como fué dicho.

Tercera voz.—Hecho está.

Primera voz.—Ahora mujid, balad, bramad, conforme a vuestra naturaleza, ¡oh, seres!...

Segunda voz.—Aullad, gruñid, graznad...

Tercera voz.—Gorjead, ¡oh, pájaros!

Las tres voces.—Ahora, venados, pájaros, pumas, jaguares, serpientes, víboras, seres todos del alba del mundo: alabadnos; pronunciad nuestros nombres. Decid: Maestro Gigante Relámpago, os adoramos.

Mas he ahí las criaturas no lo pudieron. He ahí los seres todos, queriendo obedecer, no podían, y se miraban entre sí y hacían gestos, y querían adorar, hablando, mas no hablaban, y todo era aullar, graznar, mugir. Y

los dioses de relampagueantes vestiduras estaban tristes; pues dios que no es adorado, mitad de dios sólo es. ¿Y dónde vive un dios como no viva en las almas? Por tanto, los dioses de relampagueantes vestiduras estaban tristes en el alba.

Primera voz.—Gorjean, mugen, cacarean, graznan, pero ninguno sabe decir palabra. Nuestros nombres no dirán.

Segunda voz.—No está bueno eso.

Tercera voz.—La palabra no es de ellos. No pueden hablar.

Primera voz.—He aquí entonces nos hemos equivocado. Esto no está bueno, ¡oh, seres! Y pues que no nos adorásteis, en las barrancas moraréis para siempre, en las guaridas para siempre, y vuestra carne comida y pasto será.

Segunda voz.—Dicho está vuestro destino.

¡Oh, gran clamor! Toda bestia del campo, y de la montaña, y de la espesura, dió gran clamor de espanto. Y otra vez propusiéronse adorar. Mas no pudieron proferir ninguna voz de adoración sino, ¡ay!, solamente clamores. Y en vano los dioses danzaron para ellos hermosas danzas y mostráronseles resplandecientes. En vano fué. ¡Oh, gran clamor!

Las tres voces.—¡Callad!

Primera voz.—¿Qué haremos, pues, con esta creación de seres?

Segunda voz.—Lo dicho. Pues que no hablan ni adoran, su fardo tendrán. Su carne será molida y triturada. Comida y pasto será.

Tercera voz.—He ahí tiemblan. He ahí entienden la palabra de los dioses. He ahí por la tercera vez quisieran adorar, mas no lo pueden. ¡No lo pueden!

Primera voz.—Tendremos que crear al hombre.

¡Oh, terror! Toda bestia del campo, y de la montaña, y de la espesura, dió alarido de terror. Todas huyen; cada una a su guarida.

Segunda voz.—Es la hora. Amaneció, amaneció el alba de la vida.

Tercera voz.—Su faz ya no está oculta.

Primera voz.—¿Los Constructores? ¿Los Formadores? ¿Las Madres? ¿Los Padres?

Segunda voz.—Todos despiertos. Nada suspenso, nada vacío, nada inmóvil, nada en silencio.

Tercera voz.—¿Todo reunido?

Primera voz.—Todo.

Segunda voz.—¿Todo hecho?

Tercera voz.—Hecho.

Primera voz.—Ya el alba en el cielo...

Segunda voz.—En el cielo y en la tierra...

Tercera voz.—¡Debemos crear al hombre!

Sube grande, grande, el vocerío de los seres y la inmensa voz de los mares y de los follajes de las selvas.



"Llega el hombre. Su vestidura son hojas. Hojas, grandes hojas solamente".

II

EL HOMBRE

¿El día? Más bien el alba. En el seno de la dulce luz flotan vagas sombras viajeras, rezagados testigos de la reciente noche. Ahora yo te muestro, lector, a los tres grandes dioses de aquella hora. Sentados están los tres, vestidos de resplandecientes vestiduras; sentados en sus tronos de rocas en la cumbre de la montaña de la vida. El mundo, ¡cómo se alegra bajo la dulce luz!

Así están los dioses de la Biblia quiché en la hora de la primera creación del hombre, que fué hora de fracaso. Escuchad y sabed.

Maestro Gigante Relámpago.—Debemos crear al hombre. Así dijimos. Y lo creamos.

Huella del Relámpago.—Estaban terminados todos los ángulos del cielo y de la tierra.

Esplendor del Relámpago.—Terminados.

Maestro Gigante Relámpago.—¿Y las medidas de las esquinas?

Huella del Relámpago.—Muy bien medidas.

Esplendor del Relámpago.—Entonces probamos nuestra suerte. Hicimos al hombre.

Maestro Gigante Relámpago.—Fabricamos para él una carne de tierra.

Huella del Relámpago.—El hombre de tierra no es más; se acabó. Estaba mal hecho.

Esplendor del Relámpago.—Se caía. El mundo estaba húmedo: desleíase.

Maestro Gigante Relámpago.—La tierra de su carne se deshacía blanda, fofa.

Huella del Relámpago.—Se fundía; retornaba a ser tierra. Fracasamos.

Esplendor del Relámpago.—El rostro se quedaba vuelto de un solo lado; la cabeza sin memoria. Fracasamos. Se deshizo el hombre de por sí.

Maestro Gigante Relámpago.—Mas de nuevo dijimos: Probaremos nuestra suerte. Construiremos otro hombre. Pero antes...

Huella del Relámpago.—Pero antes dijimos: Llamaremos a los otros dioses. Y voló nuestra voz: ¡Venid, Antiguo Secreto, Antigua Ocultadora, Maestro Mago del Alba, Maestro Mago del Día! Hagamos consejo. Formemos al hombre y seamos al fin adorados, invocados y conmemorados.

Esplendor del Relámpago.—Y comenzamos a formar el hombre, de madera esculpida; para lo cual hicimos el encantamiento del maíz. Y fué hecho diciendo: "¡Oh, maíz! ¡Oh, tzité! ¡Oh, suerte! ¡Oh, granos! Asíos, ajustaos. Y tú, Espíritu del Cielo, ven a picar ahí." Así fué como hicimos la gente de madera. Pero, ¿estamos seguros de su perfección? Asómate tú a los valles, Maestro Gigante Relámpago: los ves?

Una muchedumbre de informes seres de ensayo se amontona allá lejos.

Maestro Gigante Relámpago.—Véolos.

Huella del Relámpago.—¿Hablan?

Maestro Gigante Relámpago.—Hablan.

Esplendor del Relámpago.—¿Caminan?

Maestro Gigante Relámpago.—Caminan.

Huella del Relámpago.—¿Viven?

Maestro Gigante Relámpago.—Viven.

Esplendor y Huella del Relámpago.—Entonces, alegrémonos.

Llega el hombre. Su vestidura son hojas. No tiene resplandeciente manto como los dioses. Hojas, grandes hojas solamente.

El hombre.—¡Abríos, nubes! (Y se agranda la luz.) Yo sé cómo fué. Me lo contó el viento del alba. Vinieron los Dominadores, atravesaron la noche. Maestro Gigante Relámpago, fué el primero; Huella del Relámpago, el segundo; Esplendor del Relámpago, el tercero. Vosotros tres, los tres Espíritus del Cielo. Y ya despiertos, despertásteis al aire, a las aguas, a las cosas dormidas. Y vinieron otros dioses aún. Y todos celebrásteis consejo. Era el alba empezando a despertar. "¡Tierra!", dijisteis. Y se vió aparecer la tierra detrás de las nubes. Todo esto me fué revelado por el gran viento del mundo.

Los dioses.—¿Y qué se oyó? ¿Qué voces se oyeron? ¿También lo sabes?

El hombre.—También. Se oyó voz que decía: "Tú, venado, échate a la maleza. Vosotros, pájaros, volad a las altas y verdes copas."

Los dioses.—Alegrémonos, entonces. El hombre ha sido creado tal como lo necesitábamos. Hombre, nos alegramos en ti.

El hombre.—No hay por qué. De todos los hombres que creásteis, únicamente yo poseo la palabra. Esto no será contado en el Libro del *Popol Vuh* por los sacerdotes. Sólo un poeta lo dirá. Unicamente yo poseo la palabra. Los demás, silencio y fracaso. ¿No los véis? Allí suben. Se movieron tras de mí. Aquí llegan. ¿Quiénes son? Muñecos.

Un dios.—¿Pero no hablan?

El hombre.—Como no hablar.

Otro dios.—¿Y no viven?

El hombre.—Como no vivir.

Los dioses.—He aquí, hombre, nos avergonzáis, nos hacéis bajar la faz.

El hombre.—Miradlos. Hablando no hablan. Caminando vagan sin objeto. Casi no ven. Su ojo es turbio como a veces el mío. ¿O es la creación la cosa turbia?

Los dioses.—No: su ojo o el tuyo.

El hombre. — Miradlos, pues. Todos muñecos, maniquíes, ensayos... Todos, mejillas secas, pies secos, sin consistencia. Nada. Yo también muñeco. Mirad, tengo manos; dedos, no. Los cinco dedos juntos. Pero, ¿qué habláis ahí los tres dioses?

Maestro Gigante Relámpago.—Hablamos que todos moriréis y que una negra lluvia caerá día y noche sobre la tierra hasta que todos perezcáis, sin que quede uno solo; salvo aquellos que se tornaren monos y se balancearen de los gajos y ramos con el taparrabo hecho cola... Pero, ¿quién viene allí?

Huella y Esplendor del Relámpago.—Allí viene el dios Gukub, el orgulloso personaje, todo vestido de airosas plumas coloradas y verdes, amarillas y azules, como un guacamayo pensando: "Yo soy el sol.

Gukub.—¿Qué alcancé a oír? ¿Pensáis ahogar a estos hombres? Teneos. Yo el sol, yo la luz, yo la luna, dígoos: Teneos. Estos hombres son míos. Me adorarán y yo los engrandeceré.

Maestro Gigante Relámpago.—Estos hombres perecerán al instante. ¡Entrad, entrad, destructores! Tú, Cavador de Rostros, arráncales los ojos... Tú, Murciélago de la Muerte, córtales la cabeza. Tú,

Brujo Buho Triturador, rompe sus huesos. Castigados sean sus rostros. Y llueva negra lluvia, y sean todos, todos borrados de la haz de la tierra. Aliviaos, animales y plantas. Ya cesaron de ser hombres estos seres maléficos. Alégrate, piedra; regocíjate, árbol. Probad ya vuestras fuerzas en ellos, ¡oh, bestias!, antes de que suba la inundación. Morded, triturad su carne. ¡No comprendieron el corazón del cielo!

Y como empezaron a revolotear los pajarracos de la muerte por aquella cumbre, los hombres buscaban su salvación por las laderas abajo. Y no se oía más que ¡jolí! ¡jolí!, ¡juquí! ¡juquí!, que tal era el grito de esa pobre humanidad. ¡Ay! ¡Cómo era aquello! Piedras, troncos —la roca y el árbol—, adquirieron movimiento, vida. Se formaron ejércitos de piedra y de leño que los perseguían y cercaban. ¿Y qué hacían los hombres? Algunos, en un brinco de terror se trocaban en monos y quedaban suspensos de alguna rama; monos pequeños, micos, que después crecerían en los bosques, y ahora se balanceaban con su larga cola enroscada a la rama de algún árbol. ¿Y los otros? ¡Ay, cómo era aquello! Los pobres seres, los infelices maniquíes querían llegar a sus viviendas; pero éstas se derrumbaban sobre ellos. Los árboles se cerraban unos con otros: no les dejaban paso. Lo mismo hacían los agujeros de las peñas, las puertas de las cavernas: se cerraban ante ellos; no

los dejaban esconderse. Y venían entonces el Cavador de Rostros, el Murciélago de la Muerte y el Brujo Buho, y los devoraban, y el uno les arrancaba las pepitas de los ojos, el otro les cortaba las cabezas y el tercero les roía las entrañas y los pulverizaba.

Gukub.—¡En mala hora hacéis todo este mal! Yo el sol, yo la luz, os lo digo. Y a ti, hombre, príncipe de hombres, te digo: Sígueme y te salvaré.

Los dioses.—O quédate con nosotros, y serás salvo. ¿Qué dices?

Los hombres, muriendo.—¡Jolí! ¡Jolí!, ¡Juquí! ¡Juquí!

Los dioses.—¿Qué respondes?

El hombre.—Respondo que sigo la suerte de mis hermanos. ¡Cavador de Rostros, Murciélago de la Muerte, Brujo Buho, allá voy!

Y allá va el hombre por las laderas abajo, el único hombre digno de este nombre; yo te digo, lector, que así fué.

Gukub.—¡En mala hora hacéis todo este mal, dioses Relámpagos! Yo el sol, yo la luz, os castigaré.

Maestro Gigante Relámpago.—Calla. ¿Qué eres tú, sino un pobre dios presuntuoso, un pobre dios fracasado?

Gukub.—¿Yo?

Maestro Gigante Relámpago.—Tú, guacamayo. Te desafiamos.

Gukub.—¿Me desafiáis?

Maestro Gigante Relámpago.—Te desafiamos, y te perderemos. Testigo el mundo y la negra lluvia que comienza.

Los hombres pereciendo. — ¡Jolí! ¡Jolí!, ¡Juquí ¡Juquí!

Gukub.—Pues os cobraré tanto mal. Por de pronto, os robo la luz, ya que me voy...

Maestro Gigante Relámpago.—Lo dicho, guacamayo presuntuoso. Testigo el mundo.

> *Y vase Gukub, el de las vistosas plumas. A tiempo se va. Ya se amontonan negras las nubes de la tormenta de destrucción. Tristes están los dioses.*

Maestro Gigante Relámpago.—Debemos crear al hombre. Dos veces lo dijimos así. Dos veces nos equivocamos.

Huella del Relámpago.—De nada sirvió. Estaba mal hecho.

Esplendor del Relámpago.—Nacieron, y no eran más que sombras. Allá se acaban.

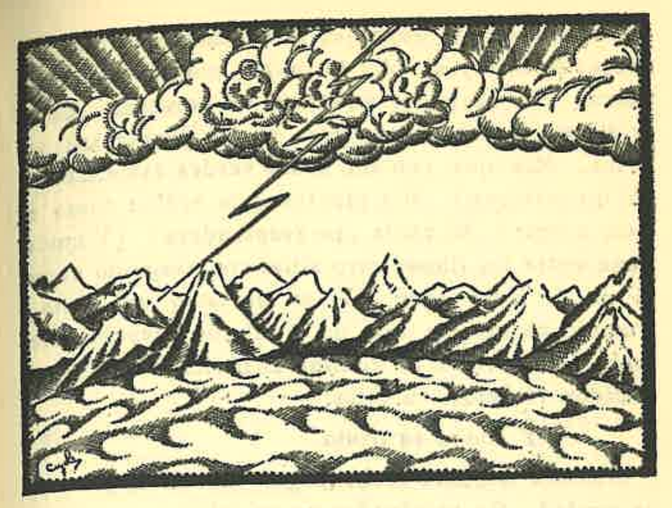
Maestro Gigante Relámpago. — ¡Humanidad de un día! Cuando cese la lluvia, diremos: Viento, levántate. Sopla ese polvo del suelo. De toda la gente que fué, he ahí solamente, ¡oh, viento!, una polvareda en el aire. Así diremos cuando el viento, obedeciéndonos, comience a soplar.

> *Y pues ya pasé del versículo al drama el episodio de la creación y conté cómo fué acabado el hombre por el Cavador de Rostros, por el Murciélago de la Muerte y por*

el Brujo Buho, he de pasar ahora del versículo al teatro el episodio de la perdición y muerte del presuntuoso dios Gukub; esto haré yo, explorador de lejanas regiones espirituales y cazador de aves raras por sus grandes florestas. Y todo redunde —que para eso lo hago—, en amor a América y devoción a sus cosas.







"He aquí los tres dioses Relámpagos han llegado al lugar donde tiene su trono el dios Gukub".

III

MUERTE DEL DIOS GUKUB

He aquí los tres dioses Relámpagos han llegado al lugar donde tiene su trono el dios Gukub. ¿Qué hacen para verle y no ser vistos? Pues esto: esconderse detrás de los cortinados de unas nubes que cuelgan del cielo. De manera que sin sospechar què le ven, ¡cómo se pavonea el dios Gukub y qué orgullosas palabras las que se le van de la boca!

Gukub.—Yo necesito, yo, una humanidad que me adore; pues soy el sol y la luna y toda la luz de la tierra. Por mi poder andaban los hombres. Cayó el diluvio, se ahogaron; pero yo los despertaré, yo la luz. Mis ojos, ¿no son acaso verdes esmeraldas? ¿Y no refulgen? Mis dientes, ¿no brillan como el cielo mismo? Mi nariz, ¿no resplandece? ¿Y quién tiene entre los dioses otro sitial con respaldo como el mío? Helo aquí. *(Y se pavonea en torno.)* Cuando yo avanzo ante mi sitial con respaldo, delante de mi trono, se ilumina el mundo. Y mi resplandor va lejos, va lejos.

Y ocupa su trono.

Maestro Gigante Relámpago.—Así dice, pero no es verdad. Su resplandor no va lejos.

Huella del Relámpago.—Su resplandor empieza y acaba en él. No penetra en el cielo.

Esplendor del Relámpago.—Llámase sol y luna porque oyó hablar de estas luces. Pero es cosa de reír, pues ni la luna ni el sol se manifestaron aún.

Maestro Gigante Relámpago.—Acabemos con ese fatuo.

Huella y Esplendor del Relámpago.—Acabemos. No conviene que haya dioses tan inflados de vanidad.

Llegan en eso Junajup e Ixbalamqué, dos héroes mozos, a tiempo que Gukub se levanta y va cantando.

Gukub.—Mis ojos son de esmeraldas y metal. ¡Cuánta es mi sabiduría! ¡Cuánta mi inteligencia! Y ahora, a mi árbol me voy a comer.

Junajup.—Se enorgullece por sus piedras preciosas. Nada más.

Ixbalamqué.—No está bien que pase esto.

Maestro Gigante Relámpago.—Por eso pensamos acabar con él.

Junajup.—Dejadlo a nuestro cuidado. ¿No veis nuestras cerbatanas? ¿Para qué pensáis que las traemos al hombro? Somos buenos cazadores, Maestro Gigante Relámpago...

Ixbalamqué.—Buenos cazadores somos.

Maestro Gigante Relámpago.—Está bien, cazadores, héroes de las cerbatanas. Pero precaveos mucho. No olvidéis que Gukub tiene dos hijos: Sabio Pez Tierra, el primero; Gigante del Mundo el que le sigue.

Huella del Relámpago.—Terrible cosa Pez Tierra. ¿Sabéis con qué juguetes se entretenía, con qué jugaba de niño?

Junajup.—Ni éste ni yo lo sabemos.

Ixbalamqué.—Ni yo ni éste.

Huella del Relámpago.—Pues le servían de juguetes las grandes montañas; las primeras, las de la hora del alba.

Los héroes.—¡Y qué!

Esplendor del Relámpago.—¿Y sabéis qué decía entre tanto Gigante del Mundo? Decía: Este otro es mi juego: sacudir el cielo. Así decía y era verdad.

Los héroes.—Mueran los tres entonces: él y sus hijos. Adiós.

Maestro Gigante Relámpago.—Escuchad todavía. Precaveos también de la mujer de Gukub. ¿Sabéis cómo se llama? Se llama La Que Se Torna Invisible.

Los héroes.—Está bien. Adiós.

Se echan las cerbatanas al hombro y comienzan a caminar. En esto, tópanse con los abuelos, con el Abuelo y con la Abuela. Los dos muy viejos. Más viejos que el mundo. Blanca, blanca la cabellera.

Los Abuelos.—¿A dónde váis, queridos niños?

Los héroes.—Os saludamos en el alba, abuelos nuestros. Vamos a matar a Gukub, el dios vanidoso, el Guacamayo. Dejadnos seguir adelante.

El Abuelo.—Por mi nombre que deseo saber cómo lo mataréis.

Ixbalamqué.—Por tu nombre, Gran Jabalí del Alba, que te lo diremos. Gukub se alimenta de las pequeñas frutas amarillas que da el árbol que llaman Byrsonia. Nos ocultaremos entre el follaje.

La Abuela.—¿Y después? Por mi nombre que deseo saberlo...

Junajup.—Por tu nombre, Gran Tapir hembra del Alba, que uno de nosotros le asestará un buen tiro de cerbatana. Adiós.

Y vanse.

El Abuelo.—¡Pobres niños! Temo por su suerte. Deberíamos ir nosotros también y valerles.

La Abuela.—Vamos, Abuelo. Así debe ser.

Y echan también a caminar. Los héroes van adelante muy garridos con las cerbatanas al hombro. Los encorvados abuelos detrás.

Y cuando hubieron llegado al sitio donde estaba el gran árbol coposo de los pequeños frutos de oro, escondiéronse entre el follaje los cazadores y no lejos los abuelos.

Y vino Gukub, y subió a comer, cantando, como siempre, la canción de su orgullo.

Gukub.—Mis ojos son de esmeraldas y brillante metal: mis dientes, piedras preciosas. ¡Cuánta es mi sabiduría! ¡Cuánta mi inteligencia! Pero aquí termino el canto, que quiero comer.

Entonces Junajup hizo puntería con la cerbatana y le asestó la bala en la mitad de la mandíbula. ¡Qué bodocazo! Gukub se tambaleó en su rama , perdió pie, y rodando, rodando, cayó.

Gukub.—¡Jolí! ¡Jolí! ¡Juquí! ¡Juquí! ¡Ay, dolor!

Junajup.—¡Caíste al fin!

Gukub.—¡Ah! ¿Fuiste tú? Pues ahora verás.

Y Gukub cogió del brazo a Junajup con tal saña, y se lo zamarreó de tal modo, que se lo arrancó. Y aquí os diré que Ixbalamqué tuvo miedo y no se movió de entre el follaje. Así fué. Y Gukub se levantó con su trofeo —el brazo de Junajup—, y se fué entre quejidos de ¡jolí! ¡jolí! ¡juquí! ¡juquí! sujetándose con una mano la quijada, como

si fuera a caérsele. Y de veras hubiera quedado vencedor, aunque con la quijada rota, de no ser que los Abuelos, el Jabalí del Alba y la Tapir del Alba —esos astutos—, le perdieron, haciéndosele encontradizos en el camino, por donde Gukub venía dando ayes.

El Abuelo.—Adiós, señor Gukub, ornamento del mundo, sol, luna, luz. Te saludamos en el alba.

Gukub.—¿Quiénes sois? Parecéis juiciosos.

El Abuelo.—Somos unos viejos abuelos.

Gukub.—¿Sabéis por ventura curar?

El Abuelo.—Es lo único que sabemos.

Gukub.—¿Curáis dientes, ojos, huesos?

El Abuelo.—Curamos dientes, curamos ojos, curamos huesos. Sacamos los gusanos de las muelas.

Gukub.—Yo os suplico que tengáis piedad de mi rostro. Mis ojos no dormirán más. ¡Jolí! ¡Jolí! Me dispararon con cerbatana unos enemigos astutos. Diéronme en la quijada. Caí de lo alto de mi árbol. Mis dientes, ved, se mueven. Y los ojos duélenme. ¡Juquí! ¡Juquí!

El Abuelo.—¿Eso no más? Curamos. Sacamos dientes malos y ponemos buenos. Sacamos ojos malos y ponemos sanos.

Gukub.—Pero, ¿cómo haréis? Mis ojos son esmeraldas y brillante metal; mis dientes de pedrería.

El Abuelo.—No temáis. Pondremos mejores, sol, luna, luz.

Gukub.—Hacedlo, pues. Parecéis juiciosos.

El Abuelo.—Estírate tan grande como eres.

Y Gukub se extendió grande en el suelo. Y los Abuelos comenzaron a sacarle los maravillosos dientes y a ponerle maíz blanco en su lugar.

La Abuela.—¡Mira qué maravillosas piedras, Abuelo, Gran Jabalí del Alba! ¿Qué haremos con ellas?

El Abuelo.—Mételas en el saco. Después las guardaremos mejor. En las entrañas de la tierra las esconderemos: que no sean otra vez tentación de vanidad.

La Abuela.—¡Mira este otro diente, Abuelo, y este otro, y este otro más! ¡Míralos, cómo brillan!

El Abuelo.—Guárdalos, guárdalos, Abuela Tapir.

Gukub.—¡Jolí! ¡jolí!

El Abuelo.—Se acabó esto. Ahora te arrancaremos los ojos.

La Abuela.—¡Oh, Alba! No se vieron nunca ojos iguales. ¡Qué esmeraldas, oh cielos!

El Abuelo.—Arrójalos allá lejos y se convertirán en dos prodigiosos lagos verdes.

La Abuela.—Allá van...

Y cierto. Fué así: dos prodigiosos lagos verdes.

Gukub.—¿Y ahora? ¿Los otros ojos? La tiniebla está conmigo. Dadme ya los otros ojos.

El Abuelo.—No te hacen falta ya. Amarilleando está tu rostro y a punto de morir.

Gukub.—¿Soy, pues, un dios que muere?

El Abuelo.—No convenía que hubiese un dios tan vanidoso como tú.

Gukub.—Muerto soy.

Sube grande, grande el vocerío de los seres y de los follajes de las selvas y el grito del viento en la montaña pelada: funerales de Gukub.

La Abuela.—Murió Gukub. ¿Qué haremos ahora con el orgullo de sus plumas?

El Abuelo.—El orgullo de sus plumas será arrojado al viento, sembrado por la montaña pelada. Así... Así... como lo hago ahora... Y el orgullo de sus plumas de todos colores se extenderá en bosques de palmeras maravillosas. *(Y, cierto, era así.)* Los bosques de palmeras esconderán el secreto de la muerte de Gukub... Vamos Abuela Tapir del Alba.

La Abuela.—Vamos, Abuelo Jabalí. "Ejecutado queda el mandato del Corazón del Cielo."





"A todo esto, Zipacná se entraba más y más en la cueva, y ya tenía todo el cuerpo adentro, salvo las piernas, que nó".

IV

LOS HIJOS DEL ORGULLO

Lector: No sé cómo hacer con estos dioses mayas que brincan y retozan, espontáneos y bárbaros, al verse libres de las prisiones eruditas en que yacieran. No saben disimular el ansia de mostrarse a su América a una luz de poesía. Ellos bendicen todos los nombres eruditos, desde el de Fray Francisco Ximénez y el de Brasseur de Bourbourg, hasta los de Georges Raynaud, Villacorta y Rodas, como que a tales espíritus

les deben la conservación de la vida; pero se sienten muy a gusto conmigo, poeta. No sé cómo hacer para contenerlos. Todos quisieran correr a la vez y treparse a las altas montañas y representar allí las escenas de sus gestas.

Antaño, cuando estos dioses vivían en la tradición de las gentes, cada vez que un anciano contaba algún episodio de los divinos hechos del *Popol Vuh* —esa Biblia americana, mezcla de *Génesis* y de *Mil y una Noches*—, el oyente les instalaba teatro en su imaginación, y estos dioses aparecían vivos y frescos en él. ¡Eso deseo yo que acontezca de nuevo! Que aparezcan tan vivos y tan frescos, tan ágiles y tan alegres como ayer, juglares más que dioses, y en todo caso dioses-juglares, capaces de hacer reír a las gentes ingenuas —y meditar a las graves—, con sus proezas, sus pantomimas y sus chascos.

Abiertas fueron por mí, de mi mano, las prisiones que los encerraban. Llamadme, si queréis, *libertador de dioses:* me placería. Pero no se trata de mí sino de ellos. Vedlos ahí correr ansiosos de libertad, al juego y al teatro; vedlos pasar bajo grandes arcos de asombro a patios de travesura. De todo lo cual se huelgan muchísimo, así como de los nuevos ritmos de la acción, en que voy armonizando mi libertad artística y la esencial fidelidad a los textos. Nuevos ritmos de la acción en que surge la cándida intriga de los

sucesos. Contentos ellos y contento yo. Y nada de aquellos relatos difusos e inacabables sino síntesis apretadas y síncopas.

¡Adelante, dioses! Contad ahora lo que bien quisiéreis.

Voces.—Contad ahora qué sucedió después de la muerte de Gukub, ese dios orgulloso.

Al punto aparecen los viejos Abuelos del mundo, la Abuela y el Abuelo, esto es, el Jabalí del Alba y la Tapir del Alba.

El Jabalí del Alba.—¡Muy bien! Cuando sacrificamos al orgulloso dios Gukub, hubieron de formarse con las esmeraldas de sus ojos dos prodigiosos lagos verdes. Y la montaña, hasta entonces monda y pelada, vistióse de palmeras maravillosas. ¿Os acordáis? Pues ahí lo tenéis todo a la vista.

La Tapir del Alba.—He aquí ahora por entre ese divino palmar, con algo también de las plumas multicolores del dios Gukub, he ahí por entre las palmeras, los dos hijos de aquel gran guacamayo, sus dos hijos no menos vanidosos que él: Zipacná y Caprakán, los cuales supieron cómo fué muerto Gukub por nosotros, porque los ecos se los contaron, aunque ignoran que las plumas, joyas y galas de aquél fueron transformadas en ese bosque, en esos lagos. Allá vienen. Ya vendrán también nuestros héroes Ixbalamqué y Junajup. ¡Y veréis lo que pasa! En cuanto a nosotros, desaparecemos. (Y desaparecen.)

Y venían diciendo Zipacná y Caprakán debajo de las palmeras, lo que bien sabréis.

Zipacná.—Nuestro padre ha muerto a manos de gente astuta. Pero le vengaremos. Y además le sobrepasaremos en orgullo. Le mataron unos dioses enemigos de la grandeza. ¡Y qué! Nosotros seremos todavía más grandes. Por mi parte —digo la verdad—, yo hice las montañas. Las montañas son mías. ¿No es bastante motivo para estar orgulloso?

Caprakán.—Tú hiciste las montañas, y en cuanto a mí, las acomodo a mi albedrío; ¡juego con ellas!

Zipacná.—Yo soy el Sabio Pez-Tierra, y está dicho todo.

Caprakán.—Yo, el Gigante de la Tierra, y no hay nada qué añadir.

Zipacná.—¡Yo soy el hacedor de montañas!

Caprakán.—¡Yo, el Terremoto!

Así venían diciendo. Y de la otra parte, venían los héroes Junajup e Ixbalamqué, aquellos mismos que precipitaron la muerte de Gukub, rompiéndole una quijada. Y venían cantando.

Los héroes.—Cantamos la muerte del orgulloso Gukub. ¡Somos los héroes Junajup e Ixbalamqué, los castigadores del orgullo! Por nosotros se alegra el corazón de la tierra. Con una bala de cerbatana le rompimos la quijada a Gukub, el orgulloso, y le pusimos en camino de su desastrada muerte. ¡Cantemos la muerte del orgulloso Gukub!

Así cantaban. Pero, en eso, viendo a lo lejos, entre las palmeras, a los hijos de Gukub, dejaron de cantar.

Ixbalamqué.—¿Será verdad de mis ojos? Allí vienen, allí vienen los hijos de Gukub. Ellos son.

Junajup. — Día grande éste. Acabaremos con ellos. Ya mi brazo está compuesto y otra vez en su sitio.

Ixbalamqué.—No negaré mi nombre. De mí dijeron mis padres, *el parecido a los tigres.*

Junajup.—Y de mí, *el príncipe de los cerbataneros.* Acabaremos con ellos. Son dioses malos.

Ixbalamqué.—Pero esta no es la cuestión, ¡ay, Junajup! Míralos. Son más fuertes que nosotros. ¡Oh, mucho más! No por la fuerza, sino por la astucia los venceremos.

Junajup.—¿Y qué has trazado?

Ixbalamqué.—Esto: Zipacná se alimenta solamente de peces y de cangrejos. He aquí, pues, he fabricado para perderle un cangrejo de perdición y helo metido en una cueva. Haré entrar a Zipacná boca arriba en la cueva para que coma el cangrejo, y cuando haya desaparecido en ella le dejaré caer la montaña, ya socavada en el centro, y perecerá.

Junajup.—En cuanto a Caprakán, yo sé lo que cumple, pues una adivinadora de la suerte me dijo un día: "El día que Caprakán coma tierra blanca, morirá". Y yo le haré comer tierra blanca. ¡Ya, ya! Y le perderá la gula.

A todo esto, ¡qué hermoso era el paisaje de las palmas, mientras caminaban, y qué apacible arroyo el que descubrieron en el fondo de un barranco.

Junto a este arroyo, al pie de una palmera, no muy alta, se sentaron los hijos de Gukub. Y los héroes Junajup e Ixbalamqué, sin denotar su presencia, porque andaban en puntillas de pies, llegáronse al árbol y se treparon a su copa con el designio de ver y oir. Y pasaban, de tanto en tanto, algunas aves volando al hilo del viento, cantando. Y se les saltaba el corazón a los héroes por darles caza de un tiro de cerbatana. Mas no lo hicieron ni una sola vez para no ser descubiertos, y seguir viendo y oyendo.

Pues ¿y qué oyeron? Ahora os lo diré. Primero oyeron una gran risotada de Zipacná, y después este diálogo:

Caprakán.—¿De qué te ríes, Zipacná? ¿De qué te estás riendo, Sabio Pez-Tierra?

Zipacná.—De los cuatrocientos mozos que queriendo acabar conmigo hallaron la muerte a mis manos, de eso me estoy riendo. Estos necios traían un enorme árbol a la rastra, para horcón de una choza que querían construir, cuando acerté a pasar y les dije: "¿Cómo? ¿Cuatrocientos sois y apenas podéis con el árbol? Decidme a dónde lo lleváis, y yo solo os lo portaré sobre mi hombro." "Prueba", me respondieron. Y yo lo hice como quien alza una pluma. *(Oído lo cual, Junajup e Ixbalamqué se hacían del ojo el uno al otro, y gestos y alcocarras de susto.)* Y les llevé su tronco hasta donde ellos dijeron: "Aquí es". Pero esos ingratos pensaron: "Es demasiado fuerte. Hay que matarle." Y, decididos a perderme, mandáronme abrir un profundo pozo, en mira de soltarme una viga adentro cuando yo estuviese abajo escarbando. Pero yo me burlé muy lindamente de ellos haciéndole salida al pozo por otro lado. *(Y Junajup e Ixbalamqué se decían el uno al otro, susurrando: "Malo va esto. Son más fuertes que nosotros y, además, unos astutos.")* Luego a esto, les hice creer que era muerto, cortándome cabellos y uñas para que se los llevasen las hormigas, como cosas de muerto. Entonces festejaron mi pérdida y se embriagaron tres días seguidos. Mas al tercero llegué yo, derribé su casa y perecieron todos. Ahora, ¿qué son? Estrellas. Un montón de cuatrocientas estrellas, allá en el cielo. *(¿Sabes cuáles, lector? Las que tú llamas las Pléyades.)*

Y Zipacná y Caprakán reían y reían, hasta que les dió hambre.

Zipacná.—¡Ay, Caprakán, me ha dado hambre! ¿Y sabes lo que hay de malo? Que no tengo qué comer. ¿Tienes tú algo?

Caprakán.—Nada.

"Esto va mejor", dijéronse Junajup e Ixbalamqué, y descendieron del árbol, muy corteses, saludando a los dioses.

Los héroes.—Os saludamos, príncipes. Por casualidad, no tenéis hambre?

Zipacná.—Yo sí; pero, ¿quiénes sois?

Ixbalamqué.—Somos unos pobres cerbataneros; mas, aunque seamos tan pobres, podemos quizás procurarte sustento. De casualidad, ¿no te agradan los cangrejos?

Zipacná.—¡No han de agradarme! ¿Hay, acaso, cosa más rica en el mundo? Todo el día lo paso buscando cangrejos. Mas tres días hace que no hallo ni cangrejos ni peces y traspásame el hambre.

Ixbalamqué.—Entonces ven conmigo y te remediaré. Te daré a comer un cangrejo como otro mejor no se ha visto nunca en los ríos. Ahora escucha: este cangrejo que te digo está metido en una cueva, y para cogerlo hay que entrarse boca arriba en ella.

Zipacná.—¿Y no lo haré? Ea, vamos. Y vosotros también.

Y al punto echan a andar. Y caminan, caminan, hasta el pie de una montaña, donde nacía un río. Y a alguna distancia caminaban Caprakán y Junajup. Así anduvieron hasta que llegaron a la barranca del cangrejo, donde el pobre Zipacná empezó a meterse boca arriba. Pero Caprakán y Junajup se quedaron lejos.

Caprakán.—¡Dichoso Zipacná, que ahora comerá hasta hartarse! ¿Y yo?

Junajup.—No digas más. Allí vuelan unos pájaros al hilo del viento, y de un tiro de mi cerbatana caerá el que yo quiera. ¿Tiro?

Caprakán.—Pon un buen bodoque en tu cerbatana, y caiga cosa buena.

Junajup.—Prepara tú, entretanto, unas brasas en el suelo.

A todo esto, Zipacná ayudado por Ixbalamqué, se entraba más y más en la cueva, y ya tenía todo el cuerpo adentro, salvo las pier-

nas, que no. Y mientras Caprakán hacía lumbre, Junajup cazaba alegremente. Y volteó varios pájaros y los desplumó y los untó de una cierta tierra blanca.

Caprakán.—¿Qué haces, Junajup?

Junajup.—Untar de tierra blanca estos pájaros para que te deleites con su sabor.

Y puestos que fueron a la lumbre los pájaros, comenzó a esparcise un olorcillo delicioso, y a Caprakán se le hacía agüa la boca. En cuanto a Zipacná ya no mostraba fuera más que los pies, visto lo cual por Ixbalamqué, le ayudó a entrarse del todo, y cuando lo hubo hecho, le desplomó una montaña encima y le dejó soterrado y muerto. Y el gran fragor resonó por los espacios y lo oyeron también allá lejos donde se habían quedado, Caprakán y Junajup.

Caprakán.—¿Oíste? Fué un gran ruido, como de alguna montaña que se derrumbase. Vamos a ver, así que comamos.

Junajup.—Si es por eso, marchemos de inmediato: que bien se puede comer y marchar al propio tiempo.

Caprakán.—Tienes razón. Dame, pues, mi pájaro, y andando.

Tras lo cual, Caprakán y Junajup se pusieron en marcha hacia donde se había oído aquel ruido atronador. Y Caprakán iba de-

vorando su manjar, con tal hambre que no podía hablar por comer. Hasta que comenzó a sentirse malo.

Junajup.—¿Qué tienes? ¡Ay de ti!

Caprakán.—Tengo, ¡ay de mí!, que desmayo y flaqueo... Las piernas..., los brazos, como ajenos... No podré caminar más... ¡Jolí! Jolí! Muerto soy.

Y cayó como un árbol enorme derribado por el leñador, a tiempo que doblando el camino, venía victorioso el otro héroe, cantando.

Ixbalamqué.—¡Alegría! ¡Alegría! Muerto es Zipacná.

Junajup.—Y muriendo está también Caprakán. ¡Alegría! ¡Alegría!

Caprakán.—Acabándome estoy. Mas quisiera preguntarte una cosa. ¿Por qué me mataste, Junajup? Y tú, Ixbalamqué, ¿por qué mataste a Zipacná? ¿Por qué ambos somos muertos?

Junajup.—Muertos sois porque mala cosa es el orgullo.

Caprakán.—Y tú, ¿qué dices, matador de Zipacná?

Ixbalamqué.—Que no estaba bien querer levantarse hasta la luna y el sol.

Caprakán.—¿Sois, pues, enemigos de la grandeza?

Junajup.—No; mas de la desproporción y del desequilibrio. No todos podemos ser como el sol y la luna.

Caprakán.—¿Por qué?

Ixbalamqué.—Porque se destrozaría el mundo.

Caprakán.—Decidme ahora, ¿quién os entregó nuestras vidas?

Junajup.—Huracán, ese dios poderoso nos entregó vuestras vidas.

Caprakán.—¿De piedra? ¿De metal? ¿De qué está hecho ese dios poderoso?

Ixbalamqué.—Ni de metal ni de piedra; mas de aire y de cielo.

Caprakán.—¿Y dónde está?

Los héroes.—¡En todas partes!

Caprakán, muriendo.—Muerto soy.





"Y venían también a verlos jugar a la pelota en el ornamentado frontón".

V

XIBALBA

¿Cómo hacía Anquises para salvar a los dioses de Troya en la noche fatal? Entre la tiniebla relampagueada de incendio, llevaba la sacrosanta carga de las divinas estatuas, puesta toda su alma en hacerlo. No de otro modo procedo yo con estos dioses mayas del *Popol-Vuh,* con estos dioses de la primera mañana de América, al trasladarlos de la

yerta región de los versículos inertes, y a menudo incomprensibles y obscuros, a la vida clara, alegre y movediza del arte.

Pero yo hago más todavía. Pasando voy con estos dioses como por entre malezas, sacándolos de la maraña de los viejos versículos, abriéndoles anchos caminos en la agria selva; para que anden contentos, para que salten y corran, para que vivan y jueguen, para que vuelvan a ser los seres ágiles que fueron un día.

Muy bien. ¿Y qué pasó después que murieron los hijos del orgullo a manos de Junajup y de su hermano Ixbalamqué? Luego que tales héroes hubieron alcanzado estas victorias, tanto corrió por el mundo su merecida fama, que las multitudes se juntaban para saber cosas de Ixbalamqué, cosas de Junajup: cómo nacieron, si tuvieron padres y cuál fué el nombre de sus padres, o si, como otros dioses, nacieron sin padre ni madre. Y venían también a verlos jugar a la pelota en el ornamentado frontón. Y después de las partidas alguno de ellos explicaba quiénes eran.

Junajup.—Tuvimos padres, sí: Ixpiyacoc e Ixmucané. Nacimos de noche los dos y los otros cinco hermanos que tenemos y aquí veis: los siete cerbataneros que somos, nacimos de noche, antes que fueran los astros del cielo, en la noche sabia, cuando aun no era el día. Pero nosotros no valemos nada al lado de nuestros sobrinos Junbatz y Junchogüén, hijos de un cerbatanero hermano nuestro y de la hermosa Ixbakiyaló. He ahí los augures de nuestra estirpe, los adivinadores de la suerte. He aquí los ricos y los generosos. He ahí a Junbatz y a Junchogüén, que todo lo saben: cantores y oradores, joyeros y cinceladores y entalladores de piedras preciosas... Y ahora no nos preguntéis más, pues queremos seguir jugando a la pelota.

Mas en este punto llega Guok, el Mensajero del País de la Muerte, ese negro cuervo. Y con él llegan también cuatro buhos mandaderos: no hay para qué sepáis todavía sus nombres.

Guok.—¡Parad! Nuestros soberanos, los señores de la muerte, los soberanos de Xibalbá, Jun Camé y Gukub Camé, han dicho: "¿Qué batahola es ésa? ¿Qué es ese ruido de pelota? ¿Quiénes revuelven así la tierra? Que vayan por esos jugadores los mensajeros y nos los traigan para que jueguen aquí en el país de la muerte, para que veamos cómo juegan." Así dijeron. Por tanto, henos aquí, y he aquí las palabras del desafío: Todos los despedazadores de Xibalbá, y los que hinchan a la gente y descoloran sus caras, y los tiende-tullidos y los junta-sangre, y todos los quebradores de huesos, y los matadores a traición, y los sembradores de desgracias y de horcas, y los apretadores de garganta, todos los señores de la muerte, os desafían a jugar a la pelota allá en Xibalbá. Llevad vuestras flechas, no olvidéis vuestras lanzas, y menos vuestros guantes y vuestras pelotas.

Ixbalamqué.—¿Ciertamente, la cosa es así?

Guok.—Ciertamente.

Ixbalamqué.—Entonces, obedecemos. Los siete cerbataneros te seguiremos a Xibalbá [1]

Y tomaron el camino que les iba señalando Guok, el mensajero, el negro cuervo. Y también marchaban con ellos, llevando los equipajes de los siete cerbataneros, los ayudantes de Guok, aquellos cuatro buhos, cuyo nombre no dije y ya voy a decir: el buho Chabí, cuyo grito es un lamento; el buho de una sola pierna; el buho de alas de fuego, y el buho que sólo era una cabeza con alas. Y llegaron, tras mucho andar, a la parte en que es más quebrado el suelo, punto de donde arranca el camino que va al reino subterráneo de Xibalbá, como por una galería. Y aquí doblamos, lector, una hoja más del "Popol-Vuh", esa Biblia de América. Doblamos esta gran hoja del "Popol-Vuh" y penetramos en el mundo de los muertos. ¡Cuántos ríos pasaron! El de los barrancos, el de las pozas, el de la sangre y el de las anchas aguas. Y cuando hubieron pasado todos estos ríos, pasado que hubieron el

(1) Sigo en este punto la versión guatemalteca de Villacorta y Rodas, para quienes son siete los cerbataneros sacrificados, y no solamente Junaujp e Ixbalamqué, como lo quiere la versión de Raynaud.

Otra aclaración.—Si el Gavilán, como expresamente se dice en la versión de Raynaud (parágrafo 11) es el mensajero de los dioses Relámpagos, Guok, el Negro Cuervo, no debe ser confundido con él. Me tomo la libertad artística de hacer de este último un mensajero de los dioses de la muerte. Nada se pierde y mucho se gana.

cuarto, llegaron al cuatrivio, donde está el encuentro de los cuatro caminos: el colorado, el negro, el blanco y el amarillo.

Junajup.—¿Qué debemos hacer ahora, mensajero? ¿Qué debemos hacer ahora, señor Gavilán, señores Buhos? Nos hemos parado y no decís cosa alguna, mensajeros de Xibalbá. Nos da miedo.

Guok.—Esperaremos a que hablen los caminos. Alguno hablará: el blanco, el rojo, el amarillo o el negro.

Un cerbatanero.—¿Hablan los caminos?

Guok.—Hablan.

Otro cerbatanero.—¿Verdad?

El camino negro.—Verdad.

Guok.—¿Qué camino debemos tomar?

El camino negro.—He aquí yo soy el camino del Señor.

Guok.—Entonces, echemos a andar por él.

Y siguieron andando. Y llegaron a la residencia del rey de Xibalbá. Y era un extraño recinto el lugar donde entraron. Allí estaban, sentados, unos dioses a quienes saludaron los cerbataneros.

Los cerbataneros.—Os saludamos, dioses.

Mas nadie les contestó.

Un cerbatanero.—No nos responden. En cambio, paréceme como que alguien detrás de la pared se estuviese riendo con una risa sofocada.

Junajup.—Sea lo que fuere, saludemos otra vez a estos dioses.

Todos.—Salud os decimos, señores. Os saludamos, dioses.

Ixbalamqué.—No se menean, no. Pero, ¿sabéis por qué? Pensando estoy que hemos saludado a maniquíes y muñecos. ¿Será esto una burla?

Junajup.—Temo, sí, que esto sea una burla. Riendo están de nosotros detrás de las paredes, mirando por los agujeros, los amos de Xibalbá. Se oye bien claro. Los moradores de Xibalbá se están riendo a carcajadas.

Ixbalamqué.—¿De nosotros será?

En esto llegan Jun Camé y Gukub Camé, que apenas podían disimular el gusto de ver cogidos a los cerbataneros.

Jun Camé.—Cerbataneros: sed aquí bienvenidos. Somos Jun Camé y Gukub Camé, los amos de Xibalbá. Mañana os pondréis vuestras coronas y vuestras máscaras, y jugaremos. Entre tanto, sentaos en esos bancos.

Y Jun Camé y Gukub Camé se ahogaban de risa, porque sabían lo que iba a pasar.

Los cerbataneros, al sentarse.—¡Ay!

Gukub Camé, riendo a todo reír.—Parece que están calientes esos bancos y que os habéis quemado las asentaderas.

Un cerbatanero.—Quemadas, sí, tostadas no.

Jun Camé.—Entonces daos por bien servidos.

Y Jun Camé y Gukub Camé se desternillaban de risa.

Jun Camé.—¡Ay! Me río tanto, que me dan como calambres en el corazón.

Gukub Camé.—Y yo creo que tengo una serpiente de risa en el cuerpo, de tanto que me río.

Un cerbatanero.—¿Tanto os hace reír nuestra suerte?

Jun Camé.—Bueno. Se acabó. Id allí adentro. Mañana veremos. Ya os enviaremos cigarros y una antorcha de pino de buena llama para que los encendáis.

Y se fueron riendo como locos aquellos monarcas de la muerte, y decían así:

Gukub Camé.—¡Ay! Nos hemos reído tanto que se nos sacuden los huesos.

Jun Camé.—Los huesos se nos sacuden de tanto reír. Espesa tengo la lengua de risa.

Y se fueron.

Guok.—Ea, vamos. Entrad a esa cueva.

Un cerbatanero.—Es demasiado negra.

Guok.—Se llama la Cueva Negra: la Cueva del Humo. Entrad.

Otro cerbatanero.—¿Nos quieren hacer morir?

Guok.—¿No lo sabías?

Ixbalamqué.—¿Porque somos ricos? ¿Por estas prendas que traemos?

Quok.—Pues sí. Vosotros siete moriréis. Y puesto que lo sabéis, entrad ya al aposento donde pasaréis la noche.

Junajup.—Está bien. ¿Y qué haremos allí adentro?

Guok.—Fumar. Ya os traen los cigarros y las antorchas de pino en que los habéis de encender. Resignaos a esta cueva. Peor que la Cueva Negra es el Antro del Frío. Peor aún, la Cueva de los Tigres. Peor también la Cueva de los Murciélagos; peor que todas, la Cueva de los Agudos Pedernales. ¿Entendéis?

Ixbalamqué.—Harto, sí.

Un cerbatanero.—Y mañana, ¿qué será de nosotros?

Guok.—También os lo diré. Mañana, la muerte. Seréis sacrificados y sepultados, y cortadas que sean vuestras cabezas, serán colocadas en las ramas de un árbol que está al medio del camino.

Junajup.—Mas... ¿no hay ninguna salvación, ministro de la muerte?

Guok.—Una sola; pero ciertamente imposible. Ahí tenéis los troncos de pino encendido y ahí tabaco para fumar. Los dioses de la muerte dijeron: que cada uno de los cerbataneros fume su tabaco y encienda su pino, y que mañana con la aurora vengan a devolvérnoslos. Y serán salvos únicamente que el pino esté mañana como está ahora y que fumando toda la noche no hayan empero consumido ni tanto ni cuanto de tabaco.

Junajup.—¿Y eso se puede?

En esto, unos buhos que pasan volando.

Buho primero.—¡Chabí! ¡Chabí! El pino se consumirá.

Buho segundo.—¡Chabí! ¡Chabí! El tabaco se hará humo.

Buho tercero.—¡Chabí! ¡Chabí! Los amos gritarán entonces: "¿Dónde están nuestros pinos? ¿Dónde nuestro tabaco?

Buho cuarto.—Los acabamos, ¡oh, jefes!, responderéis. ¡Chabí! ¡Chabí!, y seréis muertos.

Ixbalamqué.—Ya lo habéis oído. Entremos a la Cueva Negra. Digamos que bien está. Tenemos tabaco: Tenemos lumbre. Pasaremos nuestra última noche fumando.

Entran los siete a la Cueva Negra.

Junajup.—Aquí está el tabaco; ahí las antorchas de pino. Buena cosa es fumar. Fumaremos.

Y se pusieron a fumar.





«¿He aquí las siete cabezas cortadas: o bien: he aquí solamente calabazas?»

VI

EL MISTERIO DEL ARBOL DE LAS CABEZAS CORTADAS

Muy bien. Estábamos en Xibalbá y seguimos en Xibalbá, que es el reino de los muertos, donde imperan Gukub Camé y Jun Camé, esos dioses malvados, esos torvos y sombríos dioses. Pero, ¿qué fué de los siete cerbataneros que esperaban la muerte

para el día siguiente, prisioneros de los dioses de Xibalbá, presos en la Cueva Negra, cautivos en la Cueva del Humo? ¿Qué fué de Junajup y de Ixbalamqué y de los otros cinco hermanos, luego que hubo subido el día? Esto es lo que ahora sabréis, lectores de esta Biblia de América, puesta por mí a luz de poesía, lectores de ese sagrado *Popol-Vuh* que yo animé, diciendo: Levantaos, dioses de América, y mostraos por sus llanuras y sus montañas, tales como antaño fuísteis.

Muy bien. Estamos en Xibalbá, y ahora sabréis qué fué lo que pasó con Junajup e Ixbalamqué. Pero ved ahí primero a los amos de Xibalbá, a Gukub Camé y a Jun Camé en sus tronos, y a su mensajero Guok, ese negro cuervo, delante de ellos; los cuales quieren saber también, como vosotros, qué fué de los cerbataneros.

Gukub Camé.—Cuenta ya, negro cuervo: ¿qué fué de Junajup y de Ixbalamqué, y de sus cinco hermanos? Cavaremos tu boca.

Guok.—¡Guak! ¡Guak!. Cavad mi boca a preguntas, y agua de respuestas saldrá.

Jun Camé.—Dinos, pues. ¿Qué hiciste con los cautivos, luego que hubo subido el día?

Guok.—Luego que hubo subido el día, entréme a la Cueva del Humo, y pues que los pinos habíanse consumido y que todo el tabaco había sido fumado, díjeles: ¡Guak! ¡Guak! Muertos sois.

Gukub Camé.—¿Fueron, pues, sacrificados? Tú y tus auxiliares, ¿escondísteis su faz?

Guok.—Por mi grito, que es ¡guak! ¡guak!, por mi grito, que así fué. Escondimos su faz: los enterramos. Los enterramos en el Juego de Pelota de los Sacrificios. Pero después...

Jun Camé.—¿Después? ¿Hicísteis algo más, después?

Guok.—Después hubo de venirnos una idea, y cuando esta idea nos hubo venido, pensamos: Está bien. Esta idea es buena: ¡guak! ¡guak!

Pero, ¿quién entra, lector, a la sala del trono? ¿Qué rostro de princesa es éste? Cierto. Como una princesa es. Su nombre, La Hija de la Sangre, hija del jefe Junta-Sangre, uno de los temibles jefes de Xibalbá. ¿Estaba escondida? Eso pienso: que estaba escondida; que estaba escondida detrás del trono de los amos de Xibalbá. Ahora, deslizándose, fué a ocultarse detrás de unas colgaduras, para oír mejor, murmurando: "Quiero oír: quiero saber qué conversan estos dioses; acaso hablan de aquello mismo que me contó mi padre: del misterio de las cabezas cortadas. (Y como ella murmuraba, oyeron los dioses como un divino susurro, y pasó por el aire, a causa de las vestiduras de la doncella, como un fulgor de sangre encendida. Y se preguntaban ellos: "¿Qué es esto?".)

Gukub Camé.—Susurro como de hojas oí. ¿Qué será? ¿Qué habrá sido?

Jun Camé.—Y pasó como una luz fuerte. ¿Qué será? ¿Qué habrá sido? Parecía un relámpago. Pero volvamos a nuestro negocio: ¿Qué más hicisteis, negro cuervo?

Guok.—Dijimos: Esta idea es buena. Y como la idea no era otra que desenterrar a los siete cerbataneros y cortar sus cabezas y colocarlas entre las ramas del árbol que está en medio del camino, así lo hicimos, así fué hecho.

Gukub Camé.—¿Y después?

Guok.—Colgado que hubimos las cabezas, he aquí vimos que las cabezas se mudaban en calabazas, como la fruta de aquel árbol que es un calabacero, el cual da calabazas, todas redondas.

Jun Camé.—¿Calabacero o calabacera? ¿Planta de rastrear por el suelo, o árbol de subir?

Guok.—Calabacero, guacal: árbol de subir; jícaro, de cuya fruta la gente hace jícaras. Arbol de subir, cargado de frutas redondas. Allí colgamos las cabezas sin carne, puro hueso; y las cabezas se tornaron en calabazas, a menos que las calabazas sean las que se trocaron en cabezas descarnadas, en calaveras. No lo sabemos.

> *Y la Hija de la Sangre pensaba entre tanto: "Ah, ya! Arbol de la muerte es el que dicen, y árbol de la vida también. Quiero ir. Quiero ver. Debe de ser gran misterio."*

Jun y Gukub Camé.—Sigue, sigue, negro Cuervo.

Guok.—¿Y quién podrá decir ahora: He aquí las siete cabezas cortadas; o bien: He aquí solamente calabazas?

> *Y Jun Camé y Gukub Camé se miraban de hito en hito y se consultaban el uno al otro.*

Jun Camé.—¿Qué piensas de esto, dios Gukub?

Gukub Camé.—Malo. ¿Y tú, dios Jun?

Jun Camé.—Peor que malo. Mas... ¿qué ruido es ése?... ¿y esa tal baraúnda? Parece que algo sucede allá afuera. Trépate a ver, negro Cuervo.

> *Y Guok se encarama para ver en lo alto de una alta ventana.*

Gukub Camé.—¿Qué pasa?

Guok.—Es que todo Xibalbá ha sabido el milagro del árbol de las cabezas cortadas y corre a ver el árbol del milagro.

Jun Camé.—Subamos, subamos.

> *Y entonces los dioses Gukub y Jun Camé treparon también a ver. Y, ¡oh, visión!, por las calles de la ciudad de la muerte, toda la gente muerta corría esperanzada, a conocer aquel árbol que está en la mitad del camino. ¡Oh, visión! ¡Y qué calles! ¡Y qué gentes!*

La Hija de la Sangre, deslizándose.—Ahora ya lo sé todo. Iré. Conviene que yo apure este misterio. ¡Ah, vosotros, Jun Camé y Gukub Camé, los malvados amos de Xibalbá; Jun Camé y Gukub Camé, los malditos!... ¡Sea cierto que yo pueda un día acabar con vosotros! ¡Sea cierto que se pueda cumplir por mi mediación la voluntad de los dioses

de la luz, y de Huracán, el que vuela por el cielo. Ese que no es piedra ni metal, mas aire y cielo. Ese que en todas partes está.

A todo esto, sabed lo que pasaba con Gukub Camé y Jun Camé, allá arriba, en el hueco de la ventana.

Gukub Camé.—Los muertos se alzan, Jun Camé, y allá corren las sombras a ver el árbol que está al medio del camino, porque han sabido del milagro de las cabezas cortadas y esperan fruto de resurrección. Por eso corren las sombras.

Jun Camé.—Nunca pasó cosa igual en Xibalbá. Si no tomamos al punto la resolución que más convenga, perdidos somos.

Gukub Camé.—Ea, entonces, Cuervo, vuela ya, y despierta a los buhos de la crueldad, y ponte por su capitán, y caed todos sobre esa multitud de sombras, hasta que todas digan: No cogeremos un solo fruto del calabacero... Hasta que diga cada cual: Ninguno se arrimará al pie del árbol.

Y el Cuervo, sin decir más palabra que "¡Guak!", se fué volando a cumplir el mandado. Y se oía su graznido en los espacios: "¡Guak!, ¡Guak!".

Jun Camé.—He ahí vuela el cuervo y la gente se estremece de espanto.

Gukub Camé.—Cierto. Oigo su clamor. El mismo clamor de aquellos hombres de la primera creación: ¡jolí! ¡jolí! ¡juquí! ¡juquí!

Las gentes.—¡Jolí! ¡Jolí! ¡Juquí! ¡Juquí! Allá va el cuervo mensajero; de seguro que va en busca de los buhos horribles. Volvamos, volvamos.

Otros.—¿Por qué volver sin haber visto el árbol? Adelante, adelante...

Y allá iban. ¡Y qué visión! ¡Y qué gentes! ¡Y qué ciudad! ¡Y qué calles!

Mas he ahí, de pronto, el aleteo de los buhos, y sus lúgubres gritos de buhos.

Las gentes.—¡Los buhos! ¡Los buhos! Huyamos... huyamos... ¡Ay, del que no se hunda más y más en la muerte!

Otros.—¡El buho de una sola pierna! ¡El buho de alas de fuego! ¡El buho que es solamente una cabeza con alas! ¡El buho del grito que mata! ¡Los cuatro buhos de las cuatro esquinas de la muerte. ¡Jolí! ¡Jolí! ¡Perdidos somos!

Otros y otros.—¡Perdidos somos! ¡Juquí! ¡Juquí!

Y se arremolinaban los míseros. En eso la voz del Cuervo...

Guok.—¡Atrás! ¡Atrás! Sabed que vedado está acercarse al pie del árbol del camino. Sabed que nadie puede coger un solo fruto del calabacero. ¡Ay de quien lo quisiere! Nuestros picos serán sobre su corazón. Ea, ¿qué respondéis?

Las gentes.—Ninguno se arrimará al pie del árbol.

Cada uno.—¡No cogeremos un solo fruto del calabacero!...

Y retrocedían espantados.

Gukub Camé.—Alegrémonos, Jun Camé. Acabado está este negocio.

Jun Camé.—Alegrémonos. Acabado está.

> *Y se oía tan sólo el clamor de los pobres muertos aterrados: ¡Jolí! ¡Jolí! ¡Juquí! ¡Juquí! Y Gukub Camé y Jun Camé seguían con sus ojos puestos en la calle de enfrente; de suerte que no vieron ni oyeron a la Hija de la Sangre, la cual se acabó de deslizar entre los cortinados.*

Jun y Gukub Camé.—Alegrémonos. Acabado está nuestro negocio.

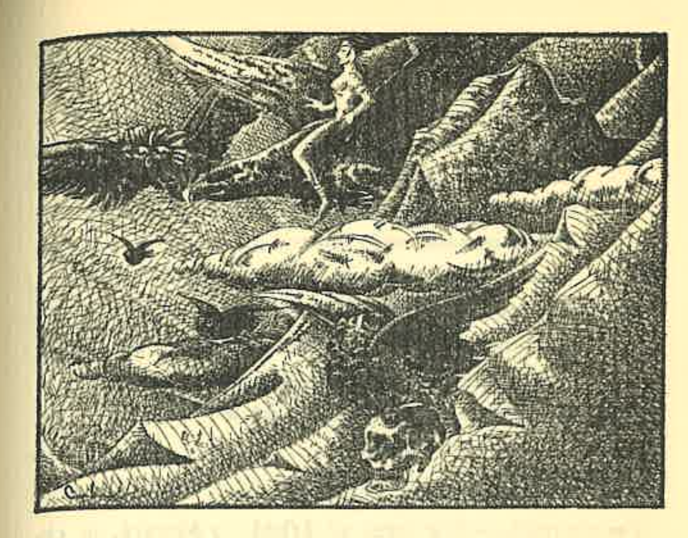
La Hija de la Sangre.—¡Sea cierto que se cumpla en mí la voluntad de los dioses de la luz!

Jun y Gukub Camé.—Alegrémonos. Nadie, nadie llegará al árbol que está al medio del camino.

La Hija de la Sangre, saliendo.—Yo llegaré.

> *Y soplaba como un viento fuerte, que era como un mensaje del dios Huracán, por la ciudad revuelta de Xibalbá, capital de los reinos de la muerte.*





"Y allá vuela el gavilán libertador y allá va consigo la virgen Ixquíc sobre sus alas".

VII

LA DONCELLA

¿Y qué pasó, luego que la doncella —cuyo nombre era Ixquic, o sea la Hija de la Sangre, hija del jefe Junta-Sangre o Cuchumaquic, paladín de los reinos de la muerte—, qué pasó luego que la doncella decidió conocer el misterio del árbol de las cabezas cortadas?

Hela ahí: allá va la doncella, sola por el camino, de noche, preguntándose una vez más: "Por qué no conocer ese árbol del que

tanto se habla, el árbol en que están colgadas las cabezas de los héroes Junajup e Ixbalamqué?... Y allá va por el camino; y llega al fin al pie del calabacero en que habían sido colgadas las cabezas de los buenos dioses Junajup e Ixbalamqué, y las de sus cinco hermanos, después que los asesinaron en Xibalbá —que es el reino de la muerte—, los negros dioses de la muerte.

Hela ahí a la doncella que llega al pie del árbol, del cual penden ahora calabazas como calaveras, o calaveras como calabazas; que no se puede saber.

¿Y qué sucedió? Oíd el diálogo.

La doncella.—He aquí el árbol. ¿Moriré, si comiere de sus frutas? Agradable cosa me parece la fruta de este árbol. Comeré.

Una calavera.—¿Qué deseas? Calaveras como calabazas: ésta es la fruta de este árbol: bolas redondas, de hueso. Nada más. ¿Persistes aún en el deseo de probarlas?

La doncella.—Quiero. Es mi deseo.

La calavera.—Perfectamente. Entonces, extiende tu mano abierta.

La doncella.—Ya está.

La calavera.—Bien; allá va eso.

La doncella.—¿Qué? ¿Me escupes? Saliva, saliva ha caído en la palma de mi mano. Cayó y se desvaneció. ¿Qué ha sido esto?

La calavera.—Ahí te hemos dado nuestra posteridad. Eso fué, nada menos, lo que pasó.

La doncella.—¿Y ahora? ¿Qué más va a suceder?

La calavera.—Ahora, he aquí nosotros enmudecemos, yo y mi hermano; nuestras cabezas se volverán silencio para siempre: huesos mudos.

La doncella.—¿Y vuestra voz?

La calavera.—Sólo en ti despertará un día. También te hemos dado nuestra voz. Nuestra faz y nuestro nombre: todo te lo hemos dado. Subirás a la tierra y allá renacerán nuestros nombres.

La doncella.—¿Cuáles nombres?

La calavera.—Un nombre: Junajup. Otro nombre: Ixbalamqué. Los nuestros.

La doncella.—¿Qué magia es ésta?

La calavera.—Virtud y magia de los dioses de la luz, de Maestro Gigante Relámpago, de Huella del Relámpago y de Esplendor del Relámpago, que son tres y es uno: esos dioses supremos que se engendraron solos.

Entretanto, he ahí que estaba solo, esperando a su hija, el jefe Junta-Sangre, y que vinieron a darle compañía los amos de la muerte Jun Camé y Gukub Camé, y muchos, muchos consejeros, y los cuatro buhos ejecutores, y el negro Cuervo Guok.

Jun Camé y Gukub Camé.—¿Qué haces, varón sabio, jefe de Xibalbá?

Junta Sangre.—Espero la vuelta de mi hija, que fué a conocer la fruta del calabacero.

Jun Camé.—¡Ay de ti! ¿Y cómo se lo consentiste?

Junta-Sangre.—Decía a cada instante: "¿Por qué no iré yo a conocer el árbol?". Y fuése.

Gukub Camé.—¿Hace mucho tiempo que esperas?

Junta-Sangre.—Parece como un instante; pero hace ya muchas lunas; por lo menos seis lunas.

Un buho.—¿No viene allá la virgen Ixquic? ¿No es aquélla tu hija? ¿No es ésta que aquí entra la Hija de la Sangre?

La Hija de la Sangre, llegando.—Yo soy. ¡Oh, padre! ¡Oh, dioses! ¡Oh, jefes! Os saludo.

Junta-Sangre.—Cuenta, hija. Dijiste: Voy y torno. ¿Y cuánto tiempo ha pasado? Lo menos seis lunas.

La Hija de la Sangre.—Llegué, ¡oh, padre!, ¡oh, jefes!, hasta el árbol que hay en el camino, y vi cómo colgaban de él frutas raras, semejantes a huesos de muerto, como cabezas de muerto. Al punto una fruta me interrogó: "¿Qué deseas?". Dije en respuesta: "Probar de esa fruta". Y la voz tornó a decir: "¿Fruta? Huesos de muerto son las frutas. Nada más. ¿Deseas aún?" "Deseo", respondí. "Extiende, pues, tu mano." Así me fué dicho. Hícelo. ¿Y sabéis qué pasó? Cayó sobre el hueco de mi mano una palabra húmeda de aquella boca de muerto.

Jun Camé.—¿Y qué decía la palabra húmeda que cayó sobre el hueco de tu mano?

La Hija de la Sangre.—Decía la voz del árbol: "Acabamos de darte nuestra posteridad por la virtud de los dioses que se engendraron solos. Nuestras cabezas no hablarán ya más, pero nacerán de ti un día otra vez nuestros rostros y nuestras voces."

Gukub Camé.—¿Oíste, jefe? ¿Oíste bien, Junta-Sangre? ¡Perdidos somos! Tu hija debe ser inmolada.

Jun Camé.—Muera tu hija, porque —cierto— va a ser madre: madre de perdición.

La doncella.—¿Y cómo será esto? De ningún hombre he conocido la faz.

Todos.—¡Muera tu hija!

Junta-Sangre.—Muera, sí, la engañadora. Inmolada sea. Llegad aquí, los exterminadores, los sacrificadores. Ved ahí; la lumbre está lista. Y allí veis el cuchillo de pedernal, el cuchillo de los sacrificios al pie de ese árbol, afuera. Ya volveremos. No está bien que el padre vea sacrificar a su hija. Tornaremos cuando este negocio esté acabado, y ya tengáis puesto su corazón en una copa, en ese vaso, para comerlo ante nosotros, delante de nuestros rostros. Vamos.

Y salen el jefe Junta-Sangre, y los dioses, y todo su séquito de consejeros; y quedan con la doncella los cuatro buhos ejecutores y el negro Cuervo Guok.

La doncella, postrándose.—¡Oh, mensajeros! ¡Oh, sacrificadores! No sería bueno matarme. No sería bueno matar a la virgen Ixquic. De ningún hombre he conocido la faz. Si hay hijo en mí, solamente los dioses lo saben; dioses muy grandes, muy sabios. Haríais mal en matarme, en ofenderlos haríais mal.

Ellos.—Dicho fué para que lo cumpliésemos en ti: "Matadla". Así nos fué dicho. "Matadla; arrancadle el corazón."

La doncella.—Pero, escuchad, ¿es de ellos mi corazón?

Los sacrificadores.—Verdad que no.

La doncella.—Entonces, ¿por qué les obedecéis?

Los sacrificadores.—Para no deshonrarnos.

La doncella.—"Deshonra es matar sin causa"...

Guok.—Muy bien. Pero, ¿qué haremos entonces? ¿Qué pondremos en lugar de tu corazón en esa copa? Queremos que no mueras; pero, ¿cómo debemos hacer?

La doncella.—Ese árbol que está allí delante os dará una fruta que semeje mi corazón. Poned, pues, el vaso debajo del árbol y veremos qué sucede.

Ellos.—Ya está.

La doncella.—¿Y no lo veis? Roja, sale, roja, la savia del árbol, y cae, y llena la copa... Y luego se endurece y toma un color brillante y rojo, como el de un corazón recién arrancado.

Ellos.—¡Cierto es! Poderosos dioses alumbran tu rostro.

La doncella.—Entonces, ¿qué decís?

Guok.—Yo digo: salva eres. Yo, el cuervo.

Un buho.—Y yo el buho de una sola pata: salva eres.

Los otros buhos.—Y también nosotros: salva eres.

El primer buho.—Y he aquí nosotros los buhos de Xibalbá, los buhos sacrificadores, nos ponemos de parte de los dioses de la luz, porque vimos sus milagros y sus prodigios. Y de hoy más nuestras pupilas no temerán la luz del día.

Y se vestían como de un plumaje nuevo, nuevo.

La doncella.—Salva soy, pero no tardaré en perecer cuando sepan el engaño. Llegar a la tierra, subir hasta el mundo abierto... ¿Quién me llevará?

Guok.—Yo, yo el negro Cuervo, porque he aquí yo también me torno de parte de los dioses de la luz; tórnome en Gavilán, y ave relámpago, mensajero de los dioses que se engendraron solos.

Y era cierto: que tal cosa se tornaba; en un hermoso Gavilán.

La doncella.—Así, pues, seáis amados para siempre de los dioses del alto cielo. Pero aquí me escondo: que allá vienen los tiranos. Escondámonos.

En efecto: ahí retornan los jefes de Xibalbá.

Guok.—Cierto. Retornan los jefes. Escondeos. En cuanto a mí, retomaré la figura de Cuervo para que nada sospechen.

Y entran los jefes y los dioses de Xibalbá.

Junta-Sangre.—¿Se acabó esto?

Guok.—Se acabó. Ved ahí el corazón de Ixquic en la copa sagrada.

Jun Camé.—Entonces, atiza el fuego y pon la copa en la llama. Dulce cosa es el olor de la sangre.

Y así lo hizo Guok. Y jefes y dioses ocuparon elevados sitiales para embriagarse con el perfume de la sangre. Y el olor de la sangre los embriagaba a esos ruines.

Los dioses.—Atiza, atiza la lumbre. Negro Cuervo: que es dulce olor el de la sangre.

Los jefes, sintiéndose desvanecer.—¡Y cómo aturde los sentidos!

Los dioses.—¡Y cómo hace dormir el dulce humo de la sangre!...

Caen dormidos, uno a uno.

Los buhos.—¿Ya está?

Guok.—Muertos son; todos muertos; el humo los hizo morir.

Y los cuatro buhos, y la doncella, y Guok se alegran delante de esos muertos.

La doncella.—Así fuísteis vencidos, ¡oh, malvados! Bailar querría a son de flauta y de tambor, delante de vuestra muerte.

Guok.—¡Así fuísteis vencidos, malignos dioses, tiranos del mundo! Y he aquí yo dejo la figura de Cuervo para siempre y me torno para siempre en Gavilán, ave relámpago, mensajero de los dioses de la luz. Monta en mis alas, virgen Ixquic... ¡A la tierra! ¡A la tierra! ¡A ver de nuevo el alto cielo!

Y allá vuela el Gavilán libertador, y allá va consigo la virgen Ixquic, sobre sus alas, y allá vuelan con él los cuatro buhos, por los tristes cielos de la tierra.



"Aquí venimos para el encantamiento del maíz, con estas hojas largas y puntiagudas...."

VIII

EL ENCANTAMIENTO DEL MAIZ

¡Cómo viaja, cuán a gusto la Hija de la Sangre, la virgen Ixquic, en alas del Gavilán que la salva! Ya no morará en Xibalbá, esa negra región del terror y de la muerte, sino en la alta tierra, de que es cúpula el cielo. Entre tanto, iba Guok, ese buen Gavilán que hasta ayer fuera Cuervo, instruyendo por los aires a la virgen Ixquic, a la hija del jefe Junta-Sangre, la cual virgen Ixquic había de

ser madre, ¡y qué madre!... madre resucitadora de los muertos héroes Junajup e Ixbalamqué.

Guok.—Allí veo, allí veo a la anciana madre de Junajup e Ixbalamqué. Están con ella, para alegrar su ancianidad, Junbatz y Junchogüén. ¿Sabes quién es Junbatz? El Maestro Mono. ¿Sabes quién es Junchogüén? El Maestro Simio: descendientes ambos de los héroes que han de renacer en ti. ¡Cuánto saben Junbatz y Junchogüén! ¡Cuál es su ingenio! ¿Narradores? Sí. ¿Oradores? Sí. ¿Escultores en bajorrelieve? ¿Cinceladores? Sí. Y la anciana está satisfecha. Míralos ahí. ¿De qué estarán tratando ahora la muy sabia y los muy sabios?

Ixquic.—¡Ay, Gavilán mío! Siendo ellos tan sabios, ¿cómo haré yo para que me escuchen, para que no me arrojen de sí? ¿Cómo haré oír mi voz?

Guok.—Cuando tú hayas llegado le dirás a la anciana: "Madre, tú lo eres mía, ya que soy tu nuera". Y ella te preguntará: "¿De dónde vienes?" Y tú le responderás: "De Xibalbá, del reino de la muerte". Y al punto te querrá expulsar de su morada. Mas tú tornarás a declarar tu verdad, y le contarás finalmente la historia y el misterio del árbol de las cabezas cortadas... Pero ya vamos llegando. Aquí, pues, desciendo y aquí te dejo. Sea el tuyo camino de bendición. La victoria de la luz está próxima.

Y Guok la depositó blandamente, con mucho amor en la tierra; y la virgen Ixquic, en signo de gratitud y de veneración, lo reverenció varias veces. Y luego que hubo hecho las debidas reverencias al buen Gavilán, la virgen Ixquic llegóse a casa de la anciana. Y la cosa fué así.

La Anciana.—¿De dónde vienes tú y quién eres?

Ixquic.—Vengo de Xibalbá y soy la virgen Ixquic. Tu hija soy, pues resucitarán en mí tus hijos. Llámame nuera tuya.

La Anciana.—¿Mis hijos habrán de resucitar? Mis hijos murieron. Son únicamente sombras de Xibalbá, ese reino de la muerte. Los atrajeron con engaño, los mataron, acabaron con su gloria. ¿Quién eres tú sino también una engañadora? Sal de aquí.

Ixquic.—¡Que soy tu hija!

La Anciana.—Está bien entonces. Probaré tu verdad. ¿Eres tú mi nuera? Luego, ayúdame. Anda a traerme qué comer del sitio que yo misma te señalaré. Anda a traer la comida de Junbatz y de Junchogüén. Ven conmigo. Seguiremos por este camino: un camino desbrozado. Junbatz y Junchogüén lo desbrozaron. Llegaremos hasta la sementera del maíz. Allí te dejaré para que trabajes.

Y caminaron, y caminaron, y llegaron hasta donde era el campo de la sementera. ¿De la sementera? Sólo una mata había y no más.

La Anciana.—Hemos llegado. Este es el campo de la sementera; éstas son las eras del maíz.

Ixquic.—¿Sementera de maíz le llamas? Pero, hay más que esa mata?

La Anciana.—Esa es cuenta tuya. De aquí nos llevarás el alimento que necesitamos. Si eres mi hija, si eres mi nuera, ayúdame. ¡Allá verás tú!

Y fuese. Y la virgen Ixquic se puso a llorar muy triste, y aun se puso a clamar palabras de invocación.

Ixquic.—¡Ay, triste de mí! ¡Ay de mis culpas! ¿Cómo haré yo? ¡Oh, Ixtoj! ¡Oh, Ixcanil! ¡Oh, Chajal! ¡Oh, genios de las sementeras! Protegedme... He aquí fuí dejada en el desierto, en este yermo, y me fué dicho: "Esta es una sementera: aliméntanos...". ¡Oh, Ixtoj! ¡Oh, Ixcanil! ¡Oh, Chajal! ¡Valedme, valedme!

Y, ¡oh, portento!, el campo vió aparecer, uno a uno, a los genios del maíz. Y venía cada uno seguido de su propio séquito. ¿Y cuál apareció el primero? A la verdad que por tres rumbos distintos, pero simultáneamente, llegaron los buenos genios con sus acompañamientos. Y traían al hombro, así los genios como las figuras del cortejo, hojas largas y relucientes, verdes hojas planas de maíz; y por adorno y penacho de sus cabezas, racimos de sus flores. Y traían al cuello, a las muñecas y a los tobillos, por collares y ajorcas, sartas de limpios granos. Y danzaban, ya sueltos, ya trabados de las manos, haciendo sonar acompasadamente sus ajorcas y collares. Y danzaban. Y cantaban. Y hacían bellas monerías.

Ixtoj, cantando.—Aquí venimos para el encantamiento del maíz; con estas hojas largas y puntiagudas al hombro. ¡Alégrate, Ixquic!

Ixcanil.—Aquí venimos con las piedras de moler. Aquí vienen conmigo cantando las molenderas. ¡Alégrate, Ixquic!

Chajal.—Aquí vienen conmigo las cuidadoras, las guardianas de las sementeras. ¡Alégrate, Ixquic!

Todos.—Ya sembramos. Ya sembramos. Mira ondear los caballones y los surcos. Ya sembramos. Ya sembramos. Maíces rojos, maíces anaranjados, maíces blancos, maíces de oro. ¿Cuáles te gustan más? Te gustan unos, te gustan otros. ¡Alégrate, Ixquic!

Ixtoj y su coro.—Ya se levantan los tallos. Ya brilla la hoja nueva. Ya sube la caña. Ya se envaina la hoja en la caña y ya se abre y desenvaina. Ya florece el maizal. ¡Alégrate, virgen Ixquic!

Ixcanil y su coro.—Gusanillos de la tierra, no bulláis allá abajo entre las raíces. No conturbéis la fiesta del maíz, ahora que los campos están en flor. No robéis la alegría al corazón de Ixquic.

Chajal y su coro.—Enfilaos, limpios granos, como para una fiesta o como para un combate. ¡Cuidado! Llegó la hora de desmochar.

Las molenderas.—Llegó la hora de la recolección y el tiempo de desgranar las mazorcas. Y llegó al fin la hora nuestra. Ahora ríen los granos en desorden, ahora que los molemos. ¡Qué risa, qué risa la de los granos! ¡Maíces de oro, maíces blancos, ¡qué risa la de los granos! ¿Te gusta la harina, virgen Ixquic?

Ixquic.—Mi corazón está en flor; mi alegría, borracha. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Sabía yo que tres lunas, que cuatro lunas, debían pasar desde la siembra hasta la recolección; pero vinísteis, y fué el milagro... Pero... ¿de qué me alegro? Como una tormenta viene allí de los cuatro cabos del cielo... Son millares y millares de pájaros. ¡Ay!, de los cuatro cabos del cielo, palomas y mirlos, urracas y cuervos vuelan hacia aquí a devorar el grano. Tantos son, que ennegrecen el día... ¡Ay de mis culpas!

Todos.—¡Ay de nosotros y ay de ti, virgen Ixquic! Nada podremos contra ellos. El terror muestra su faz. Muchos son. Nos comerán el grano. Aun los ojos nos comerán, si lo quisieren. ¡Ay de nosotros! ¡Ay de ti!

Ixquic.—¡Ay, triste! ¡Ay de mis culpas! ¿Quién me socorrerá?

Guok, desde lo alto del cielo.—Yo, yo el ave-relámpago; yo, el ave mensajera de los dioses de la luz, yo te socorreré. ¡Guak! ¡Guak!, cuervos y urracas, palomas y mirlos, revolveos y huid. ¡Guak! ¡Guak!

Y hacía círculos el Gavilán; círculos de espantable luz. Y hubo un espanto de alas, y un desbande hacia los cuatro cabos del cielo. Y todavía se oyó la voz del Gavilán.

Guok.—¡Alégrese el corazón de la virgen Ixquic!

Y todos bendijeron al Gavilán, y se pusieron en marcha con su abundante carga, con sus buenas banastadas, ya de hojas, ya de granos, ya de harina. Y cuando estuvieron

cerca de la casa de Junbatz y Junchogüén, depositaron toda la carga y se volvieron para no ser vistos de nadie. Sólo entonces dejó oír su voz Ixquic.

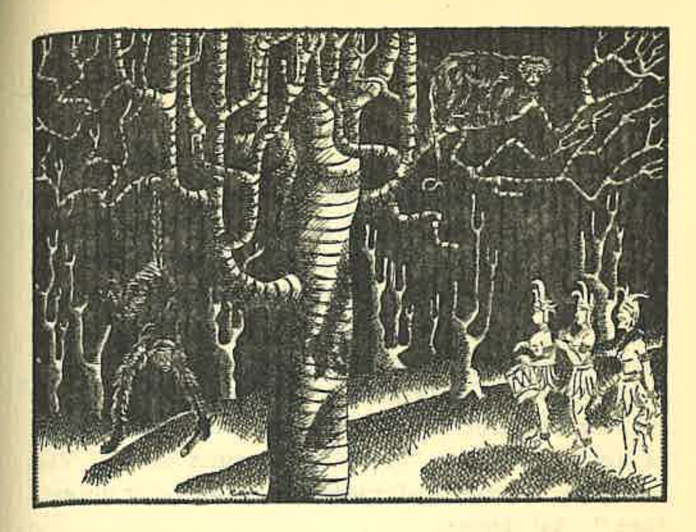
Ixquic.—¡Abuela! ¡Abuela! Y vosotros, Maestros Simios, Junchogüén y Junbatz, salid y ved. Salid a bailar de gozo porque el día del hartazgo ha llegado. Salid y bailad de gozo.

Y salieron ellos, los Maestros Simios, y comenzaron a bailar de gozo. Y salió también la madre, la cual, como vió todo aquello, palmoteaba de felicidad.

Ixquic.—¿Qué dices a esto, madre? ¿Soy yo tu hija?

La Anciana.—¡Sí que tú eres mi hija! ¡Sí que tú eres mi nuera! ¡Sí que renacerán en ti, Junajup e Ixbalamqué!

¿Así lo cuenta el Popol-Vuh? No, lector. Míos son los cantos, mía, invención mía, la fiesta del encantamiento; las palomas, las urracas, los cuervos, míos, y mío hasta el Gavilán. Nada de esto hallaréis en el Popol-Vuh, ¿y qué importa? No será menos cierto que todo esto fué como yo lo he dicho. Los propios dioses del Popol-Vuh me contaron que así fué. ¿Y cómo pudo ser de otro modo?



"Huyen por los follajes, saltando, chillando, metamorfoseados en micos, que se balancean colgados de sus largas colas".

IX

LOS DIOSES RESUCITADOS

Tiene historia ese árbol del cauté, ese árbol que llaman madre cacao. ¿Cómo no tendrá historia, si fué precisamente a su sombra, entre sus ramas y follajes, donde se cumplió la primera victoria de los renacidos héroes Junajup e Ixbalamqué, ya no héroes sino dioses, a decir verdad, dioses de luz, sobre Junchogüén y Junbatz, esos malvados que querían todo el mundo, el mundo todo, para ellos solos?

Ved ahí el árbol, y bajo su sombra a Junajup e Ixbalamqué. Hablan. Oigamos lo que dicen.

Junajup.—¿Es tan fácil nacer en la tierra? ¿Es tan fácil renacer? Nacimos la primera vez, tuvimos cien trabajos, ganamos cien victorias, pero fuimos derrotados finalmente por los dioses de Xibalbá, en el reino de la muerte. Después renacimos, ¿y qué pasó? En cuanto renacimos y apenas nos llevó nuestra madre a la que era su casa, se les comenzó a torcer la cara a Junbatz y a Junchogüén, descendientes nuestros, de nuestra anterior aparición en la tierra. Decían: "¿Para qué vienen éstos? Vienen para ser más poderosos que nosotros, y no está bien." Así decían.

Ixbalamqué.—Dicen que nacimos de madrugada, en los montes, y que cuando nuestra abuela nos oyó chillar, dijo: "Ea, chillan demasiado. No los quiero en mi casa." Y en el acto Junbatz nos arrojó a un hormiguero para que allí muriésemos. ¿Nunca lo supiste, hermano?

Junajup.—Súpelo, sí. Pero en el hormiguero no hubo de pasarnos nada malo, sino, antes bien, dormimos perfectamente.

Ixbalamqué.—Por eso fué que al otro día Junchogüén, ese otro malvado, nos arrojó a una espinera. Y se decían: "Ahora sí que murieron". Pero no había de ser así.

Junajup.—Y nos criamos en los montes. Y hubimos de ser, como en nuestra primera aparición en la tierra, cerbataneros, cazadores de cazar con cerbatana.

Ixbalamqué.—¿De qué nos ha servido? Como esclavos, como siervos sin voluntad entre las manos de Junchogüén y de Junbatz: eso fuimos.

Junajup.—Condenados a servirlos día a día, a llevarles buena caza. ¿Y nuestra ración? Sus sobras. ¿Para qué hubimos de renacer?

Ixbalamqué.—Cansados están nuestros corazones.

Junajup.—Cansados.

Ixbalamqué.—¿Y nuestra madre? Nunca supimos de ella. ¿Supiste algo de ella tú?

Junajup.—Nada. ¿Y tú?

Ixbalamqué.—Cosa alguna.

Junajup.—Cansados están nuestros corazones y tristes.

Ixbalamqué.—Así: cansados y tristes. Por consiguiente, bien está lo que hoy decimos: acabar con nuestros tiranos. Será principio de alegría aniquilarlos.

Junajup.—Son fuertes y poderosos y sabios. Acabaremos con ellos. Grandes cantores, grandes oradores, escultores, cinceladores. Todo esto son.

Ixbalamqué.—También nosotros.

Junajup.—¿Terminaremos, pues, con ellos? Viendo que no les llevamos alimento, vendrán hoy al pie de este árbol a decirnos: "¿Por qué no nos traéis la caza de siempre, holgazanes?". ¿Caerán en nuestro lazo?

Ixbalamqué.—Vendrán; caerán en nuestro lazo. Nos dirán: ¿Por qué no nos traéis la caza de siempre? Así nos dirán. Entonces nosotros haremos

de modo que se trepen al árbol y allí los perderemos... Pero callemos, que ya vienen, y la vieja Abuela con ellos.

Y era cierto. Por allí venían Junchogüén y Junbatz; y con ellos la Abuela.

Junchogüén.—¿Queréis decirnos qué hacéis aquí, bajo los árboles, sin dar caza a tanto pájaro como hay arriba, revolando y cantando?

La Abuela y Junbatz.—Hablad, hablad.

Ixbalamqué.—¡Ay de nosotros! Los pájaros se quedan presos allá arrilba entre los follajes. Se enredan. No caen. Si quisieréis subir vosotros ¡cuántos atraparíais!

Jumbatz y Junchogüén.—Está muy bien. Subiremos. Tenemos buenas piernas y buenos brazos.

Y subieron. Pero el árbol comenzó a crecer, a crecer, a hincharse, a subir. Y todo el bosque en derredor, crecía y subía también, mientras Junajup e Ixbalamqué, así como si fueran dos verdaderos brujos, hacían unos signos de brujería, con los brazos en alto, a tiempo que decían: "¡Arbol del cauté, sube, sube!".

Junchogüén, desde la altura.—¡Ay, hermanos! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? El susto da saltos en nuestros pechos. Este árbol no cesa de subir. ¿Cómo podremos bajar?

Ixbalamqué.—Si es por eso, no temáis. Desataos los ceñidores, amarradlos a la parte trasera y dejadlos colgar. Veréis cómo al punto podréis bajar.

Junchogüén.—Ya está.

Junbatz.—Ya está.

Junchogüén.—Ya está, sí. Pero, qué es esto? Trocándome estoy en mico, y conmigo Junbatz... Hi... hi... hi...

La Abuela.—¿Qué? ¿Qué es lo que ven mis ojos? Huyen por los follajes mis hijos, saltando, chillando, metamorfoseados en micos. Se balancean colgados de sus largas colas. ¿Qué habéis hecho con mis hijos, bastardos?

Junajup.—Ya lo ves, Abuela. Fueron metamorfoseados en micos. Eran malvados. Querían todo el mundo para ellos solos.

Ixbalamqué.—Por tanto, los condenamos a ser monos; les dimos un mundo aparte para ellos solos. Ahora estarán contentos.

La Abuela.—¡Ay de mí! Si ellos tornaren serían trabajadores del bien. Llamadlos, y romped su encantamiento. ¿Lo haréis, hijos míos?

Junajup.—Lo haremos, sí. Los llamaremos con una dulce música y en verdad recobrarán su primera figura, siempre que tú no te rías de ellos al verlos, pues si te rieres de ellos hasta tres veces, ya no volverán nunca más.

La Abuela.—Tocad, tocad. Mi corazón está angustiado. ¿Cómo habré de reír?

Y tocaron. Tocaron el uno su flauta, y el otro su atabal. Tocaban la canción del cazador de micos, y con tal arte lo hacían que al cabo se presentaron Junchogüén y Junbatz danzando.

La Abuela.—Ellos son... ellos son... Pero, ¡qué caras!... ¡Cuán feas!... ¡Y qué muecas y qué gesticulaciones tan ridículas las que hacen! ¿Puede alguien mirar esto sin reír?... ¡Qué risa! ¡qué risa!

Y echó a reír la Abuela; y ellos, los pobres micos avergonzados, se fueron.

Ixbalamqué.—¿Lo viste, Abuela? Sucedió como te lo anunciamos. Reíste y se alejaron.

La Abuela.—Os suplico que los llaméis de nuevo. ¿Cómo viviré yo sin mis hijos?

Junajup.—Te satisfaremos, Abuela. Tocaremos otra vez. Mas trata de no reír.

Y tornó a oírse por el bosque son de flauta y de tambor, tan delicioso de oír que luego tornaron Junbatz y Junchogüén, bailando de un modo muy jocoso y muy bufo.

La Abuela.—¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo bailan! ¡Qué contorsiones! ¡Qué saltos! Y sus colas, ¡qué colas!... No puedo más... ¡Qué risa! ¡Qué risa!

Y se desternillaba de risa la Abuela, visto lo cual por los pobres micos, se avergonzaron y huyeron.

Junajup.—¡Ay de ti, Abuela! Reíste y nuevamente se alejaron.

La Abuela.—¡Ay de mí! Os suplico que tornéis a llamarlos. Tocad, tocad por tercera vez. ¿No veis que mi corazón está angustiado? Ya no soltaré la risa.

Ixbalamqué.—Te complaceremos, Abuela. Tocaremos otra vez. Ya resuena mi tambor; ya sopla Junajup su flauta. Volverán por la tercera y última vez. No rías, Abuela, que si rieres, no volverán nunca más.

Y tercera vez sonó la flauta, tercera vez el tamboril por el bosque. Y tercera vez se presentaron Junchogüén y Junbatz.

La Abuela.—Aquí están de nuevo mis hijos. Ahora sí, ahora sí contengo la risa. ¡Ay, ah! Pero que no alarguen así los hocicos, que no arruguen así las caras, que no hagan esos visajes, porque, ¡ay de mí!, no puedo más... no puedo más... ¡Qué risa!

Y se descoyuntaba de risa la Abuela. Entonces los micos se marcharon para no volver más.

Ixbalamqué.—¡Ay de ti, Abuela! Junchogüén y Junbatz se marcharon para siempre. Vano es ya el poder de nuestra música para atraerlos.

La Abuela.—¡Ay de mí! Os suplico, sin embargo, que toquéis, que hagáis oír de nuevo el son de la flauta, el son del atabal.

Junajup.—Te obedeceremos, Abuela; pero no volverán. Vendrá la noche, pero ellos, no.

Y por la cuarta vez se oyó la música de la flauta y del tambor, la música de esa canción que se llama del cazador de micos; pero ya no volvieron. Venía, en cambio, la noche. Entonces los músicos dejaron de tocar.

Junajup.—Abuela, ya no vienen; no volverán nunca más.

Ixbalamqué.—Nunca más.

La Abuela.—Volvámonos, entonces. Venid conmigo a mi casa. Ahora vosotros sois mis hijos.

Y los tres se fueron del brazo, saltando.





«¡Oh divinos animales! ¡Dioses antiguos! Mirad este grande estrago a la luz de la luna....»

X

LAS HACHAS QUE HACHABAN SOLAS Y LA RATONCILLA SABIA

Lectora o lector: un cuento sentimental se parece siempre a otro cuento sentimental: lágrimas y suspiros; suspiros y lágrimas. Pero un episodio del "Popol-Vuh" sólo a sí propio se parece. Porque el "Popol-Vuh es una maravilla muy grande del espíritu; ¡nada menos que la Biblia de los primitivos dioses de América! Pero una Biblia que pudie-

ra llamarse "Las Mil y Una Noches" de los indios mayas. Biblia de candor y de gracia para las manos del grande, para las manos del niño. Biblia que sólo conocían los eruditos, los sabios; Biblia que estaba escondida en las bibliotecas de los filólogos, escrita en yertos versículos, y que estoy pasando, de aquellas áridas y obscuras páginas, a la clara vida del arte. Regalo mío a todas las gentes de América.

He aquí, pues, un episodio: el episodio de las hachas que hachaban solas y de la ratoncilla sabia. Prestad atención.

Habíanse quedado Junajup e Ixbalamqué para proteger a su buena Abuela, ya que sus hijos no volverían más. Y cuando fué de día dijeron: "Vamos a trabajar"; y se fueron a los campos con el hacha y con la azada y, además, cada uno con su cerbatana al hombro. Iban a rozar la tierra, a la roza del campo, a limpiarlo de matas y de malezas y a derribar los viejos árboles.

Y si lo queréis ver, allí están trabajando en la maraña del bosque, a una parte Junajup, a la otra parte Ixbalamqué.

Y hablan, y dicen así:

Junajup.—¡Cuántas ramas! ¡Cuántos bejucos! ¡Qué de sarmientos! ¡Qué de tallos! El hacha no descansa, Ixbalamqué.

Ixbalamqué.—Tallos largos, tallos delgados, tallos torcidos y retorcidos los unos entre los otros... De árbol en árbol hace como una malla el bejucal. Casi no se puede hachar. Se me cansan inútilmente los brazos.

Junajup.—Dura faena nos tocó. ¿Y después? Después tendremos que juntar la maleza; y mover mucho la azada. ¡Ay, Ixbalamqué, quién pudiera descansar!

En eso, una bandada de pájaros por sobre las verdes copas de los árboles.

Ixbalamqué.—¡Mira, mira, Junajup! ¡Cuán maravillosos plumajes los de esas aves! ¡Yo no dejaré de hacer un lindo tiro de cerbatana.

Junajup.—Yo tampoco, Ixbalamqué.

Y cogiendo sus cerbatanas, soplaron con fuerza, lanzaron las balas y ambos derribaron sendos pájaros. Y tanto el uno como el otro hermano se encaminaron al sitio en que las aves habían caído. ¿Y qué pasó? El hacha del uno y el hacha del otro siguieron trabajando por ellos como si tal; ellas solas, partiendo ramas, hendiendo troncos, cortando tallos de bejuco. Y hasta las azadas, ellas solas, empezaron la obra de escarbar el suelo y de juntar los ramajes cortados.

Ixbalamqué, asombrado del prodigio.—Pero, ¿lo estás viendo, Junajup? ¡Las hachas y las azadas trabajan solas! ¡Nuestras hachas, nuestras azadas trabajan por nosotros!

Junajup.—Viéndolo estoy y no lo creo. ¡Qué buena leñatera es tu hacha! ¡Qué buena leñatera la mía!

Ixbalamqué.—Oye, pues, Junajup. Si somos discretos, descansaremos, mientras las hachas trabajan. Por mi parte, me divertiré tirando con la cerbatana.

Junajup.—Eso mismo haré yo.

Ixbalamqué.—Muy bien. Pero cuando el sol esté encima del cielo y venga nuestra Abuela trayéndonos la comida del medio día, ¿cómo haremos para saberlo? No conviene, no, que ella nos encuentre jugando. Uno u otro se tendrá que subir a lo alto de un árbol para vigilar el camino. ¿Cuál lo hará?

Una paloma torcaz.—Jugad vosotros tranquilos, que yo velaré. Os hablo desde lo alto del gajo más alto de este árbol tan alto. Todo el camino se ve desde aquí, hasta la casa de vuestra Abuela.

Junajup.—¿Y dices verdad? ¿Nos avisarás de su llegada?

La paloma.—Por mi cola apizarrada, por mi cuello verde, por mi blanco collar, por mis alas grises, por mi pecho rojo que lo haré.

Ixbalamqué.—¿Dices, pues, la verdad, paloma? Mira que la Abuela no debe descubrir este engaño.

La paloma.—Por mi lindo pico, por mis patas moradas, que no lo descubrirá. Yo arrullaré, yo cantaré cuando la viejecita venga. Yo os lo avisaré muy bien.

Entonces Junajup e Ixbalamqué se pusieron muy contentos a hacer disparos con sus cerbatanas, divertidísimos con los lances de la caza; pero no tanto que no oyeran las palabras de una ratoncilla sabia que acertando a pasar por un surco iba diciendo así:

La ratoncilla.—¿Hay alguien que sepa más que yo? Nadie, nadie. Yo sé cosas de las de adentro de la tierra.

Junajup.—¿Oyes lo que va diciendo esa ratona, Ixbalamqué? Atrapémosla, y sepamos qué cosas son las que sabe.

Ixbalamqué.—Atrapémosla.

Pero en eso la paloma torcaz empezó a cantar: "¡Por mi pico castaño, que viene, que viene la Abuela!". Oído lo cual, ambos hermanos corrieron a empuñar las hachas por fingir que trabajaban en la roza del campo, en cuyo punto mismo la ratona se les escapó. Y ellos se hubieran lanzado en pos ciertamente, a no ser que la paloma cantaba: "¡Por mi pico castaño, que viene, que que viene la Abuela! ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!"

Junajup.—¡Sí que nos daremos prisa! A ver tú, Ixbalamqué. Untate barro en las manos y en la cara y en la cabeza, para que así parezcas un trabajador de la tierra.

Ixbalamqué.—En cuanto a ti, deja que te ponga astillas y pedacitos de madera entre los cabellos, y musgo, para que parezcas en todo a los leñadores de los bosques. Y ahora, andando; que ya se oye la voz de nuestra Abuela, llamándonos.

La Abuela.—¡Nietos míos! ¡Nietos míos! Venid, que os traigo aquí vuestra comida. ¿A dónde estáis? No tardéis. Venid luego, que se me acaba el corazón.

Junajup. — Allá vamos, Abuela. Tardamos por causa de la fatiga. ¡Ay! ¡Cómo pesa el hacha! ¡Ay! ¡Cómo pesa la azada!

Ixbalamqué.—No tenemos fuerzas ni para comer. Déjanos ahí los alimentos y vuélvete sola, Abuela.

La Abuela.—¿Vais a pasar aquí la noche?

Junajup.—Mejor será, sí, Abuela.

La Abuela.—Sea, entonces. Comed y descansad. Mañana volveré por vosotros con la ración de medio día.

Y he aquí que la Abuela retorna sola y que Ixbalamqué y Junajup, oyendo el lánguido arrullo de la paloma y el rumor de los árboles, comenzaron a estirar cuanto pudieron las piernas, los brazos, hasta que se quedaron dormidos. ¿Y qué pasó entonces? Pasó que se fué la tarde, y que levantó vuelo la paloma, y que entró la noche, y que salió como con una máscara amarilla la luna. Y hacían manchas negras y tristes los árboles derribados, los troncos hendidos, los bejucos echados por tierra. Y sopló viento, y al soplo del viento se fué elevando la voz de la selva que imploraba la protección de los divinos animales antiguos.

Las voces de la selva.—¡Oh, divinos animales! ¡Dioses antiguos! Llegad y mirad este grande estrago a la luz de la luna. Hay unos dioses nuevos que pretenden mudar la faz de la tierra. ¡Despertad, dioses antiguos, divinos animales del alba del mundo! Aprovechad que ahora duermen Junajup e Ixbalamqué. Leones y tigres, zorros y venados, jabalíes y lobos; y vosotros, pájaros de presa, hijos de la tiniebla, venid, venid. Deshecha fué la maraña; caídos están los troncos, desanudados los bejucos. Mañana todo esto será fuego y humo. ¡Apresuraos! Porque, si tardáis, ¿a dónde os guareceréis mañana? Venid y levantad otra vez con poderoso conjuro los árboles del bosque y sus doseles de maraña. ¡Venid! ¡Venid!

Y vinieron las fieras y las alimañas. Y decían: "¡Arboles, arriba! Bejucos, enlazaos los unos en los otros!" Así iban haciendo su conjuro. Y la selva quedó tan cerrada y profunda como si nadie nunca hubiera hecho obra de roza en toda ella. Y en eso, se despertó Ixbalamqué, y viendo lo que veía, sacudió los hombros de su hermano para que se despertase.

Ixbalamqué.—¡Ea, Junajup, despierta! Mira acá lo que está pasando. ¡Ay de nosotros! ¿Quién ha podido hacer esto?

Junajup.—¡Ay, Ixbalamqué! Este es un gran misterio. Todo se torna malezas y espinos. Espinos y malezas por doquier. Echemos a andar por donde va este pajonal. Así no seremos sentidos.

Y caminaron por el pajonal a la luz de la luna; por la amarillez del pajonal.

Ixbalamqué.—Ahora, silencio, Junajup. Escondámonos. Echémonos como lagartijas entre los troncos, y esperemos. ¿Oyes? ¡Ahí están los conjurados! Son los divinos animales, son las fieras, son las aves del alba del mundo las que están haciendo el conjuro. ¿Escuchas?

Y se oían las voces de los animales: "¡Enderezaos, árboles! ¡Levantaos y enredaos, bejucos! ¡Ciérrese como antes la selva!"

Junajup.—¿Qué haremos, pues, Ixbalamqué?

Ixbalamqué.—Salgamos de un salto, abalancémonos entre ellos y démosles caza. ¿Ya está?

Junajup.—¡Ya está!

Y salieron de un salto. Y ante ellos, tigres, leones y lobos se amedrentaban y huían. Y aunque los héroes pusieron su empeño en darles caza, no lo pudieron lograr. Con muchos rabos se quedaron entre las manos, pero sin ningún animal. ¡Todos se les escurrieron!

Junajup.—¡Ay, Ixbalamqué! Sube el día y todos nuestros enemigos se desbandan por entre los matorrales. Ardo en cólera. Mientras tanto ellos se ríen de nosotros.

Ixbalamqué.—No, Junajup; no se ríen. Desde aquí oigo como un gemido de fieras. Pero callemos: que allí viene un animalejo rezagado por entre los terrones, caminando a saltos y a brincos. Ya sé quién es. Es la ratona sabia. Ahora sí que la atraparemos.

Y así fué.

La ratoncilla.—No me matéis, no me matéis, y os diré cuanto querráis. Tengo muchas verdades en mi barriga. Hagamos camino de vuestras casas y os las iré diciendo. Pero antes dadme algo de comer.

Junajup.—Habla primero.

La ratoncilla.—Está bien. Hagamos camino, y haciendo camino os contaré muchas historias.

Y allí salieron los tres; la ratoncilla muy presumida al medio, y por caballeros suyos, uno a la izquierda y otro a la derecha, Junajup e Ixbalamqué.

La ratoncilla.—Pues bien, mis amigos. Sabed, lo primero, que toda esta tierra era antaño la tierra de vuestros padres, la tierra de vuestros antepasados, hasta el día en que los siete cerbataneros fueron perdidos en Xibalbá, que es el reino de la muerte; perdidos, muertos por los amos de Xibalbá, los cuales se enfadaron con vuestros padres y vuestros tíos porque éstos se pasaban el tiempo jugando a la pelota y sus botes y rebotes resonaban en Xibalbá.

Los héroes.—¿Jugaban, pues, a la pelota nuestros padres?

La ratoncilla.—Eran grandes jugadores. Tenían guantes, tenían escudos, tenían anillos, tenían pelotas de hule. Vuestra Abuela os lo ha ocultado muy bien para que no os vuelva a pasar lo que os pasó la otra vez que anduvísteis por la tierra. ¿Lo sabíais?

Los héroes.—En verdad lo sabíamos; pero no del todo bien. Nunca se saben del todo bien estas cosas.

La ratoncilla.—Así fué. Por jugar a la pelota, caísteis prisioneros de los dioses de la muerte, de los amos de Xibalbá, y si volvísteis a la tierra fué por mediación de una virgen, de la virgen Ixquic, vuestra madre, que os echó de nuevo al mundo. Esta es la verdad. ¿Veis cómo es cierto que nadie sabe más que yo? Nadie, nadie. Yo, la ratona, sé cosas que ni el padre león oyó nunca contar. Yo, la ratona, la roedora, la escarbadora, yo sé cosas de las de adentro de la tierra, cosas de las raíces de la vida.

Ixbalamqué.—Dinos ahora, pues que sabes tantas cosas, qué fué del juego de pelota de nuestros antepasados: dónde están los guantes, dónde la pelota de hule. Sólo tenemos un deseo: jugar a la pelota.

La ratoncilla.—¿Y no teméis a los dioses de la muerte, a los amos de Xibalbá? Mirad que ya han sentido vuestros pasos. Por eso convocaron sobre vuestros campos a los antiguos animales divinos. La voz que los llamaba subía de lo hondo de la tierra.

Los héroes.—Ya los vencimos. El miedo acabó sus corazones. Huyeron. Somos dioses fuertes, dioses nuevos. No les tememos a los dioses de Xibalbá. Dinos, pues, dónde está el juego de pelota, que arde nuestra alma en el deseo de jugar. Dínoslo, ratoncilla hermosa, que tú lo sabes.

La ratoncilla.—No sé más, no sé más. Eso que me preguntáis no está en mi barriga.

Junajup.—Vamos, ratoncilla hermosa, cuéntanoslo. Mira. Aquí te damos maíz, aquí te damos pimiento blanco picado, aquí te damos cacao...

Ixbalamqué.—Habla, ratoncilla hermosa. Mira, aquí te damos frijoles y granos triturados.

Y le abrían sus zurrones, y le mostraban la comida para que ella hablase.

La ratoncilla.—Bueno. Entonces os lo diré. Vuestro juego de pelota está allá arriba, en el techo de la casa de vuestra abuela, que ya se divisa desde aquí. Escuchad. Yo os lo enseñaré. Sólo es preciso que nadie se encuentre en la casa; ni vuestra abuela, ni vuestra madre. ¡Pero qué! ¡La buena suerte nos acompaña! ¿No son vuestra abuela y vuestra madre aquellas mujeres que allí están sacando agua con sus tinajas a la orilla del río?

Los héroes.—Ellas son.

La ratoncilla.—Entonces la cosa está arreglada. Este zancudo que me viene picando puede hallar mejor oficio. Oye, tú, zancudo. Vuela al río y horada muy finamente las dos tinajas de esas mujeres que allí están, de suerte que siempre se les vaya el agua y tengan que volver a la corriente.

El zancudo.—¡Allá voy!

Y como llegaron, la ratona se subió por los cordajes de la casa hasta las vigas del techo; royó las cuerdas que sujetaban guantes y pelotas; y cayó todo al suelo. ¿Y los héroes? Los héroes se pusieron a saltar de gozo.

La ratoncilla.—Muy bien. Saltáis de gozo. Pero yo digo: ¡Ay de vosotros! Los amos de la muerte, los dioses de Xibalbá, os aniquilarán.

Ixbalamqué.—¡Ea, hermano! Vamos a jugar a la pelota.

Junajup.—Allí está la plaza de los juegos. Vamos.

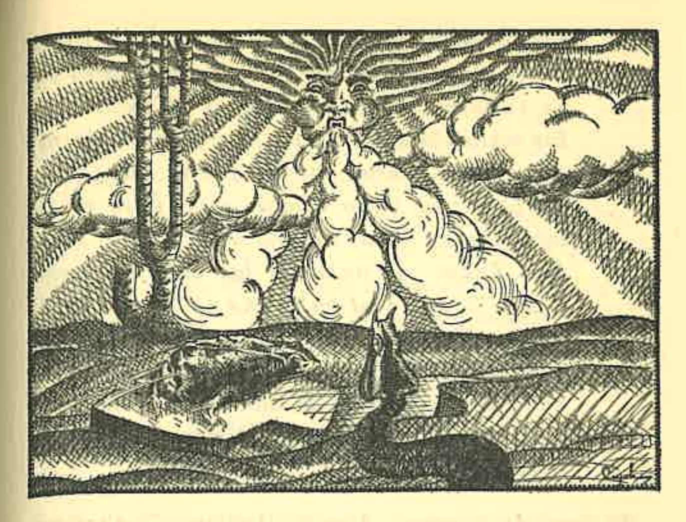
La ratoncilla.—¿Y si los dioses de Xibalbá os mueven guerra?

Los héroes.—Si los dioses de Xibalbá nos mueven guerra... ¡pelearemos!

Y se fueron a la plaza. Y entonces mismo se oyó la voz del viento como nunca hasta entonces se había oído.

El viento.—¡Cielos del día y de la noche! ¡Entendimientos de la creación! ¡He aquí que de nuevo se encenderá la guerra entre los dioses de la vida y los dioses de la muerte, entre la tierra y Xibalbá!





"Encontró a la serpiente, la cual le dijo: ¿A dónde vas lindo sapo?"

XI

LOS SEÑORES DE LA MUERTE

Prestad atención.

Cuando los alegres héroes Junajup e Ixbalamqué recobraron su juego de pelota, de nuevo comenzó a oírse aquel pelotear que tanto enfurecía a los dioses de la muerte, a los amos de Xibalbá; pues que Junajup e Ixbalamqué no hacían otra cosa que jugar a la pelota todo el día, con lo que el golpe de los saques rebotaba incesantemente en el reino subterráneo, en Xibalbá. Por todo eso

los dioses de la muerte mandaron a la tierra a sus mensajeros, con mensaje y desafío para Junajup e Ixbalamqué. Y el capitán de los mensajeros tenía un negro rostro de negro cuervo, y eran sus ayudantes estos caras de buho: el buho Chabí, cuyo grito es un lamento; el buho de una sola pierna, Jurakán Tucur: el buho de las alas de fuego, Cakix Tucur, y el buho que tenía alas en la cabeza: Jolom Tucur. Estos fueron los mensajeros, éstos los que llegaron delante de la cabaña, morada de la abuela de Junajup e Ixbalamqué. Lo que allí dijeron bien lo habéis de saber.

El Cara de Cuervo.—Abuela, Antigua Ocultadora, Ixmucané: te saludamos. Te saludamos por segunda vez en seis días. Por la segunda vez en seis días te lo decimos: Tú tienes dos nietos que juegan a la pelota; y he aquí los amos de Xibalbá, los señores de la muerte, están cansados de oír su pelotear, de oírlos pelotear todo el día sobre sus cabezas. Y se preguntan: "¿Quiénes son esos que no se avergüenzan de hacer temblar la tierra?". Por tanto, ahora los mandan a llamar a Xibalbá, para que vayan a disputar sus existencias allí, en un torneo de pelota. Así han dicho, así han mandado Jun Camé y Gukub Camé. Dentro de siete días, dijeron. Han pasado seis. Mañana vence el plazo.

La Abuela.—Ciertamente, mensajeros, mis nietos saldrán, irán, llegarán. Ved aquí cómo hice yo el día de vuestra llegada para que ellos supiesen. Apenas salísteis busqué un mandadero, mas no había.

Unicamente volaba un insecto zumbando a mi alrededor. Púselo en la palma de la mano. Díjele: "¿Quieres ir, insecto mío, al juego de pelota, donde juegan mis nietos, a decirles: «Unos mensajeros vinieron como heraldos de Xibalbá a citaros para de aquí en siete días»?" Al punto, diciendo que sí, echó a volar el insecto. Y volando, llegó hasta el propio sitio en que un sapo que estaba sentado en el camino, le dijo: "Buenos días, muchacho. ¿A dónde vas?" Y el insecto le explicó a dónde iba. Y el buen sapo tornó a decirle: "Pero, ¡cuán poco te apresuras! ¿Quieres que yo te trague y te lleve más de prisa?" "Muy bien", dijo el insecto. Y, tragado que lo hubo el sapo, éste partió salto a salto; y anduvo que más anduvo, hasta que encontró a la serpiente que llaman Víbora Blanca, la cual le dijo: "¿A dónde vas, lindo sapo?". Y él dijo lo que tenía en la barriga. A lo que respondió la serpiente: "Pero poco te apresuras, muchacho. Di, ¿no quieres que te trague, para que así ganes tiempo?" "¡Muy bien!" Y tragado que lo hubo al sapo la serpiente, que desde entonces se alimenta de sapos, la Víbora Blanca se deslizó muy fácilmente, ondulando, hasta que se topó en el camino con el gavilán; y conversando de estas mismas cosas la una y el otro, éste se tragó finalmente a la Víbora Blanca, y volando, volando, llegó al juego de pelota, donde estaban peloteando mis nietos. "Habla, señor gavilán —dijeron éstos—. ¿Qué es lo que quieres?" Y el gavilán echó por la boca a la serpiente, la serpiente al sapo, y el sapo al insecto, el cual dijo a la postre el mensaje. ¡Y ya están listos mis nietos para el viaje a Xibalbá!

El Cara de Cuervo.—Sea verdad, Abuela, cuanto dijiste. Porque, ¡ay de tí!, ¡ay de todos!, si no fuese verdad.

Y partieron los heraldos. Y así que hubieron partido, se dejaron ver los héroes. Y venía con ellos su madre, la Virgen Ixquic, la Hija de la Sangre, aquella princesa, hija del jefe Junta-Sangre, uno de los temibles jefes de Xibalbá; aquella que se rebeló contra su padre, contra los amos de la muerte, y fué madre de estos héroes, resucitados en su vientre.

Ixbalamqué.—Adiós, Abuela; adiós, Madre. Descenderemos hacia el reino de Xibalbá, a la ciudad de las mansiones tenebrosas. Todo aquel que es llamado, forzado está a obedecer. Sólo queda una esperanza: burlar allí el celo de los carceleros, y, un día, retornar.

Junajup.—Nos despedimos, Abuela. Nos despedimos, Madre. Nos vamos a Xibalbá. Pero allí quedan, plantadas en el patio, esas dos cañas que nos vísteis plantar. Las plantamos por signos de nuestras vidas, por testigos de que existimos aún. Si echan yemas, señal de que vivimos. Si se marchitan y doblan, señal de que hemos muerto. Nos despedimos, Madre. Nos despedimos, Abuela.

La Madre, la Abuela.—¿No olvidáis cosa alguna?

Los héroes.—No.

La Madre, la Abuela.—¿Las pelotas, los anillos, los guantes?

Los héroes.—No.

La Madre, la Abuela.—¿Los escudos de cuero, las cerbatanas?

Los héroes.—No. No olvidamos cosa alguna. Adiós, Abuela; adiós, Madre.

La Madre.—Adiós, hijos... Pero se me acaba el corazón... ¡Ay! Salid vencedores. Preparad para cada lazo un ardid.

Los héroes.—Descuida, madre nuestra. Somos ingeniosos, somos sabios.

La Madre.—¡Ay de mí! ¿Qué os podrían dar mis manos, mis dedos, ahora que vais a partir?... Esperad. Quiero daros un zancudo, un mosquito, que está en mi aposento. ¡Ese zancudo os servirá!

Y así que volvió la Virgen Ixquic, trayendo el zancudo, los héroes se pusieron en marcha, y al cabo de mucho andar llegaron a un río que corría por lo hondo de una barranca. ¡Y qué de pájaros allí! ¡Y cómo chillaban! Y pasaron tres ríos más, haciendo puente con sus cerbatanas sobre las piedras del lecho. Ultimamente llegaron al sitio donde se cruzan los cuatro caminos: el colorado, el negro, el blanco y el amarillo, que a la sazón estaba verde, de un verde tirando a azul. Aquí, pues, detuviéronse. Frente al camino negro se detuvieron, por ver si el camino negro hablaba como otras veces. Pero esta vez no habló. Y los héroes no sabían qué hacer. Y de no tener consigo al buen mosquito, quién sabe lo que hubiera sido de ellos. Pero el caso fué que el mosquito les dijo: "Esperad aquí. Dejad-

me ir solo a ver las cosas de este camino, que es ya como la calle de entrada a Xibalbá...". Así dijo. Y fué, y volvió, y trajo todas las noticias que hacían falta.

El mosquito.—Escuchad, nobles héroes. En el punto mismo en que se acaba esta calle, empieza un corredor, el corredor de entrada a Xibalbá; y a lo largo de este corredor están trece dioses sentados. Pero hay dos que no son dioses, sino muñecos. No preguntéis el por qué. Y oí que decía uno de los dioses: "Allí están ya en la encrucijada de los cuatro caminos, Junajup e Ixbalamqué. Tomen el camino que tomaren, aquí llegarán, y serán perdidos; porque no sabrán declarar nuestros nombres uno a uno, y también porque los invitaremos a sentarse en esos asientos caldeados, se les tostarán las nalgas, y allí acabaremos con ellos." Así dijeron. Mas yo pensé al instante: "Un medio hay de saber los nombres de estos amos: picarlos en el trasero uno por uno, para que cada cual le pregunte al otro: «¿Qué pasa, fulano?»." Así pensé, y sin demora me apliqué a hundirles mi aguijón en las asentaderas. Pero no les dolió. Fracasé. No es mi aguijón tan poderoso como creía; se necesita una punta más aguda. ¿Qué hacer?

Junajup.—Si es por eso, aquí te daré la punta que te hace falta.

Y cruzando una pierna sobre otra, sentado a la orilla del camino, Junajup se arrancó el pelo más duro de la espinilla, y se lo dió al mosquito.

Mosquito.—¡Esta sí que es púa de las buenas! Venid, pues, tras de mí, venid como lagartijas que se arrastran por el suelo, y no os levantéis hasta que no hayáis oído los nombres. Entonces os levantaréis y saludaréis a los amos de Xibalbá.

Y allá salieron. Y todo se hizo de conformidad, porque ciertamente la púa les hacía decir: "¡Ay!", y cada uno le preguntaba al otro: "¿Qué te pasa, fulano?". Y así sonaron todos los nombres. Entonces Junajup e Ixbalamqué se levantaron y luego de mirar y no saludar a los muñecos, fueron saludando por su nombre a todos y a cada uno de los señores de la muerte.

Junajup.—Te saludamos, Jun Camé.
Ixbalamqué.—Te saludamos, Gukub Camé.
Junajup.—Te saludamos, Chiquiripat.
Ixbalamqué.—Te saludamos, Cuchumaquic.

¿Y sabéis quién era este Cuchumaquic? Ese era el jefe Junta-Sangre, padre de la virgen Ixquic, madre suya: ¡abuelo de los héroes: esto era Cuchumaquic! Por consiguiente se le torcieron los ojos al verlos pasar. Pero ellos continuaron su camino, saludando a los amos.

Junajup.—Te saludamos, Ajalpuj.
Ixbalamqué.—Te saludamos, Ajalkaná.
Junajup.—Te saludamos, Chamiajolom.
Ixbalamqué.—Te saludamos, Quicxic.

Y los amos de Xibalbá los miraban pasar asombrados, con los ojos torcidos de ira. Pero ellos no hacían caso y continuaban su camino, saludando. Así saludaron, para terminar, a cada uno con una reverencia, a los tres que les faltaban.

Junajup.—Te saludamos, Patán.

Ixbalamqué.—Te saludamos, Chamiabak.

Junajup.—Te saludamos, Quicré.

Así fué como se burlaron de aquellos tiranos: de Extiende-Tullidos, de Junta-Sangre, de Quebranta-Huesos, de Garras-Sangrientas, de Traga-Cráneos, de todos los jefes de Xibalbà y de sus monarcas Jun Camé y Gukub Camé. ¡Once saludos hicieron! Y cuando hubieron hecho el último, Gukub Camé y Jun Camé se levantaron para saludarlos y, de paso, perderlos.

Gukub Camé.—Habéis dicho en verdad nuestros nombres. Por tanto, nosotros, a nuestra vez, os saludamos. Y os honramos con todas las buenas maneras de la hospitalidad. Y os decimos: descansad; sentaos en esos bancos. Disfrutaréis de descanso.

Junajup.—Necesitamos, sí, descansar; pero jamás cometeremos tal irreverencia, ¡oh, señor!, que nos sentemos delante de vuestros rostros.

Ixbalamqué.—No queremos tampoco que nadie diga: "¿Vinieron para sentarse o fueron desafiados para jugar con los dioses Jun Camé y Gukub Camé un partido de pelota?

Jun Camé.—En verdad que fuísteis llamados para jugar a la pelota con nosotros, pareja con pareja.

Junajup.—¿Jugaremos, pues?

Gukub Camé.—Jugaremos. Pero antes pasad adelante. Entrad a la Cueva Negra y esperadnos fumando. Os lo pedimos con las mejores maneras de la hospitalidad. Aquí tenéis los cigarros que deberéis encender y fumar. Pero, ¡ay de ti, Junajup!, ¡ay de ti, Ixbalamqué!, si vuestros cigarros fueren consumidos del fuego. En este caso tendríais que ser sacrificados. Así lo manda la ley de Xibalbá.

Tal dijo Gukub Camé. Y ellos, ¿qué hicieron? Sacaron de su zurrón una fruta que destilaba agua roja, empaparon las puntas de los cigarros con esta agua y les prendieron luego unos insectos luminosos. Así fué como los cigarros ardieron sin consumirse. Así fué como se volvieron a burlar nuestros héroes de aquellos odiosos tiranos.

Y mientras se iba el tiempo, conversaban.

Junajup.—¿Qué será de nuestra madre? ¿Qué de nuestra abuela?

Ixbalamqué.—De seguro bajan al patio de la casa a ver las cañas que dejamos plantadas para señal de nuestras vidas.

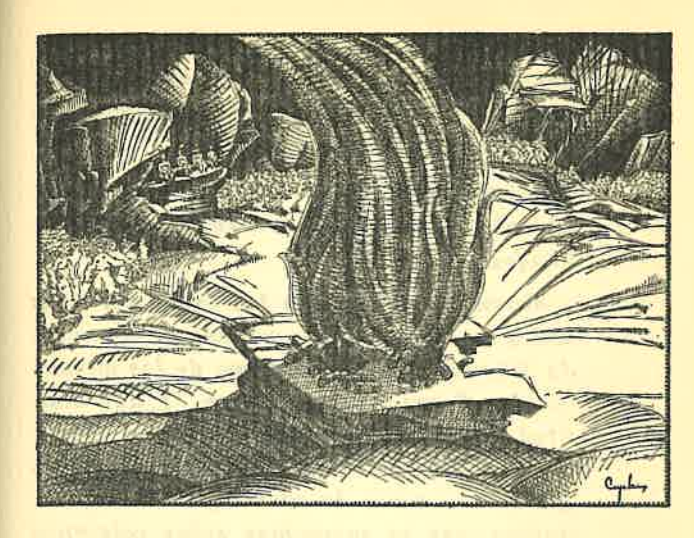
Junajup.—Bajan a verlas y se alegran en su corazón, porque las cañas todavía están lozanas y echan yemas, porque hasta ahora hemos sido más fuertes que los dioses de Xibalbá.

Ixbalamqué.—¡Ay! ¿Por cuánto tiempo más?

Junajup.—¡Allá veremos!

Y aunque es terrible cosa estar en guerra con los dioses de la muerte, no por eso se amilanaban, sino, antes bien, esperaban confiados Junajup e Ixbalamqué, y se levantaba el corazón el uno al otro.





"Penetraron en la pira, subió la llama.... Fué mas alta que ellos...."

XII

EL SACRIFICIO DE LOS HEROES

¡Cuántas cosas pasaron, lector, lectora, en Xibalbá, la capital del reino de la muerte, desde que nuestros héroes Junajup e Ixbalamqué hubieron de penetrar en la Cueva Negra, después que se hubo declarado la guerra entre los dioses de la sombra y los dioses de la luz, allá en los comienzos del mundo! ¡Cuántas acechanzas, cuántos lazos contra Junajup e Ixbalamqué, para aniquilarlos! Y, de parte de éstos, ¡cuántos fi-

nos ardides para irse librando! ¡Muy bien que los cuenta el "Popol Vuh", esa Biblia de América, que es al propio tiempo como otro libro de Las mil y una Noches.

Sabed, pues, lo que pasó finalmente en la ciudad de la muerte con Junajup e Ixbalamqué.

Mirad, mirad: ahora los traen por esas calles de horror, a la asamblea de los jefes de Xibalbá, delante del trono de los monarcas Jun Camé y Gukub Camé. Y una multitud de gentes horribles viene tras ellos e invaden la plaza de la asamblea. Horribles gentes con caras de cuervos, de buhos, de buitres, que se encaraman sobre columnas y cornisas para escuchar la sentencia del tribunal de Xibalbá.

¿Y qué decían los unos y qué los otros? Aquí lo sabréis.

Jun Camé.—Estamos maravillados. Cumplísteis todas las pruebas. No caísteis. Los lazos fueron debidamente echados, pero no caísteis. ¿Quiénes sois, pues?

Gukub Camé.—¿Quiénes sois? Así os lo preguntamos porque estamos ciertamente maravillados; porque no caísteis en ninguno de los lazos. He aquí fuísteis encerrados primero en la Cueva Negra, para que fumáseis los cigarros de la prueba, de suerte que encendidos no se consumiesen. Y así lo hicísteis. Después jugamos pareja con pareja a la pelota, y en vano hicimos herir de un golpe de lanza

a Junajup. En vano se tiñó con su sangre el blanco pedernal de la lanza. Jugamos y nos vencísteis. Luego, a la noche, os pedimos cuatro jarrones llenos de flores: las unas rojas, las otras blancas, las otras amarillas, las otras negras. Os pedimos esos cuatro imposibles jarrones; porque —nos decíamos—, ¿a dónde irán por las flores? Y así que os hubimos pedido las flores, os encerramos en la Cueva de los Pedernales, y pusimos guardianes en el jardín para que nadie entrase: los grandes pájaros guardianes, cuyo grito no descansaba en la noche: *¡ixpurpugüek!, ¡pujuyú!* ¿Qué hicísteis, pues, para libraros? Hablad.

Junajup.—He aquí lo que hicimos. En la Cueva de los Pedernales, apenas nos hubísteis encerrado, sacamos nuestros zurrones con carne buena de la tierra, y dijímosles a los carceleros: "Esto es para vosotros". Comieron y se quedaron inmóviles. Entonces llamamos a las hormigas por arte de magia; así a las tijeretas noctívagas, cortadoras de tallos, como a las cargadoras acarreadoras de hojas. Y les dijimos: "Id por las flores". Y ellas fueron. E iban y venían por debajo de los gritos de los pájaros que gritaban: *¡ixpurpugüek! ¡pujuyú!* Iban y venían las hormigas robando las flores, caminando alrededor de los gritos nocturnos *—¡ixpurpugüek! ¡pujuyú—*, pasando con sus pinzas debajo de los gritos y los chillidos, acarreando las olorosas hojas por debajo del clamor de los pájaros. Y finalmente llegá-

ronse las hormigas, llegáronse hasta los mismos pájaros las tijeretas y les cortaron las colas; con sus tenazas, con sus tijeras les cortaban las colas y las alas, mientras ellos no cesaban de clamar: *¡ix-purpugüek! ¡pajuyú!*

> *Así declaró Junajup. Y todos, todos se maravillaban; y con el asombro, se les volvían más descoloridas las descoloridas caras; y muchos rostros de buho se tornaban en rostros de cuervo, y muchos rostros de cuervo en rostros de buho. ¡Todo esto hacía el asombro!*

Jun Camé.—¡Está muy bien! Pero aun hicísteis mayores brujerías. Contadlas una por una. Cuando hubísteis consumado la burla de los cuatro jarrones de flores, os condenamos a penetrar en la Cueva del Frío, donde el hielo azota las carnes. Mas vosotros encendísteis viejos troncos. En la mansión del frío cesó el frío. Tuvimos que decir: "No murieron". Y tampoco perecísteis en la Cueva de los Jaguares. No pudimos decir: "Al fin acabados!". Os enviamos entonces a la Cueva del Fuego. Vino el alba; fuimos a ver vuestros rostros. Y estaban buenos. ¡Siempre estábais tan hermosos al amanecer! Entonces desfalleció nuestro corazón. Nos preguntamos: "¿De qué están hechos? ¿De dónde vienen?" Entonces, y luego bien meditado, os enviamos a la Cueva de los Murciélagos de la Muerte, donde, seguro, moriríais; pero hicísteis crecer el caño de las cerbatanas y os encerrásteis en ellas. ¿Hicísteis crecer el caño de las cerbatanas o bien os achicásteis vosotros mismos? No hemos podido

contestar. *¡Quilitz! ¡Quilitz!* chillaban los murciélagos, buscando por dónde morderos; mas vosotros reíais. Al cabo de la noche, blanqueó el alba. Alboreaba. En tal punto se regocijó nuestro corazón. Creímos que uno de vosotros era muerto; porque ciertamente, Junajup, tu cabeza fué cortada; cortada por un murciélago y traída a nosotros para nuestro alborozo; traída ante nosotros y puesta de orden nuestra en lo alto del juego de pelota. Así nos llenamos de gozo por causa de tu cabeza cortada, Junajup. Pero no era cierto. En el juego de pelota resucitó la faz de Junajup. ¿Qué brujería —decidlo ahora—, hay en el mundo para formar cabezas nuevas? Hable el que sepa.

> *Y todos estaban tan asombrados de cuantas cosas iba diciendo Jun Camé, que ya pensaban en su corazón: los verdaderos dioses son estos otros. ¿Qué será de nosotros si no los adoramos? Pero Jun Camé había dicho: "Hable el que sepa"; e Ixbalamqué habíase levantado para contestar.*

Ixbalamqué.—Sabed, entonces, que cuando yo vi a mi hermano decapitado a la hora en que alboreaba, fuí atrás de la casa, al vaciadero de la comida de los animales, donde cada animal deja las sobras de su comida. Y había allí hojas marchitas, guijarros, tierra y cáscaras de sandía. Todo lo cual se veía muy bien porque blanqueaba el alba. Así fué como elegí una linda cáscara hueca, entre las cáscaras de sandía y de sidra cayote. Con ella fabriqué la nueva cabeza de Junajup. Y le abrí los ojos, las narices, la boca. Y supliqué: "Haga el dios Hu-

racán que bajen para esta cabeza nueva los sentimientos del cielo!" Y el dios Huracán oyó mi súplica. Bajaron del cielo los sentimientos del cielo, y al punto cogimos la cabeza y la cosimos sobre los hombros del muerto con retorcida pita. "Levántate, Junajup", dijimos. Y Junajup se levantó de muy buena presencia. Así fuísteis engañados en el juego de pelota, cuando creíais pelotear con la cabeza de Junajup. Así fuísteis burlados cuando resucitó la faz del muerto.

Gukub Camé.—¿Quiénes sois, pues? ¿De dónde vinísteis? ¿Quiénes son vuestros padres? Habla tú, Junajup.

Junajup.—No lo sabemos.

Gukub Camé.—Habla tú, Ixbalamqué.

Ixbalamqué.—Nada de eso sabemos.

Gukub Camé.—Por tanto, ahora moriréis, y no habrá memoria de vosotros, salvo de vuestra muerte. Ahora moriréis de muerte segura. Levantaos ya, vosotros los adivinos de Xibalbá; levantaos, Xulú y Pacam, y adivinad la muerte segura para que mueran para siempre Junajup e Ixbalamqué.

Y toda la horrible gente de Xibalbá —los caras de cuervo, los caras de buho, los caras de buitre—, se volvieron hacia aquellas tarimas donde se levantaron para hablar los adivinos Xulú y Pacam, y miraban también de hito en hito a los héroes por ver el color de sus rostros. Pero Junajup e Ixbalamqué tenían el color de la alegría porque ya sabían muy bien lo que habían de decir los adivinos: que si Xulú y Pacam eran adivinos de cosas y de sucesos, Junajup e Ixbalamqué eran adivinos de adivinaciones. Y sabían que los adivinos habían de aconsejar el más conveniente de los sacrificios.

Y se hizo el gran silencio.

Gukub Camé. — Hablad, ¡oh, adivinos! ¿Qué clase de muerte elegiremos para estos enemigos? ¿Arrojaremos sus huesos a los barrancos?

A esta pregunta, los adivinos se consultaron el uno al otro. Xulú parecía pensar que no. Pacam parecía también pensar que no. Así se lo debieron decir. No obstante, meditaron aún, y sólo al cabo de un buen rato, Xulú habló.

Xulú.—No, no arrojéis sus huesos en los barrancos; jamás hagáis esto; recobrarían su presencia; volverían.

Jun Camé.—¿Qué haremos, pues? ¿Los colgaremos de sendos árboles?

Ahí tornaron a consultarse el uno al otro, los adivinos. Xulú parecía pensar que no. Pacam parecía también pensar que no. Así se lo debieron decir. No obstante, meditaron aún, y sólo al cabo de un buen rato habló Pacam.

Pacam.—No, no colguéis de sendos árboles a Junajup e Ixbalamqué; conservarían su presencia; revivirían sus rostros; volverían.

Gukub Camé.—¿Qué haremos, pues? ¿Arrojaremos las cenizas de sus huesos al fondo de algún río?

Por la tercera vez tornaron a consultarse el uno al otro, los adivinos. Xulú parecía pensar que sí. Pacam parecía también pensar que sí. Dijéronse su verdad. No obstante, meditaron aún, y sólo al cabo de un buen rato habló Xulú.

Xulú.—Arrojar sus cenizas al fondo de un gran río; eso sí que está bien. Mas para tener cenizas, preciso es quemar; preciso es moler; preciso es ir al quemadero y hasta la piedra de moler.

Así dijo Xulú, y todo el concurso aprobó su dicho. ¡Y cuáles fueron aquellas gárrulas voces!; pero más fuerte que el trueno fué la palabra de Gukub Camé.

Gukub Camé.—¡Todos allá!

Y allí salieron por esas calles de Xibalbá, tétricas y horribles, aquellas gentes horribles y tétricas; aquellas caras de cuervo, caras de buitre, caras de buhos. Allí salieron al quemadero. Y allí, con ellos, iban Jun Camé y Gukub Camé; y todos los jefes del reino de la muerte; Extiende-Tullidos, y Junta-Sangre, y Quebranta-Huesos, y Garras-Sangrientas, y Traga-Cráneos: todos los jefes de Xibalbá, cada uno con un negro pájaro al hombro. Así llegaron a la hoguera con Junajup e Ixbalamqué.

Y todos vieron en el rostro del aire que ya era la hora del sacrificio. Por tanto habló Jun Camé.

Jun Camé.—Ya todo está listo, Junajup... Ixbalamqué... ¿Y vosotros?

Los héroes.—También nosotros estamos listos, señor.

Gukub Camé.—Daos, pues, las manos como los que se despiden, y abrazaos rostro con rostro, porque vais a morir.

Y así fué.—Rostro con rostro se abrazaron los héroes, y luego, dándose las manos, penetraron en la pira. Subió la llama. Tres veces subió la llama. Fué más alta que ellos. Después subió humo, humo. ¿Cuánto tiempo?

(Mientras tanto, allá arriba, en la tierra, en el patio de la casa de la Abuela, las cañas que ellos habían plantado por señal de su existencia, secábanse, doblándose, caían. Y decían con llanto la Abuela Ixmucané y la madre Ixquic: "¡Jolí ¡Jolí! Murieron ya nuestros nietos, nuestros hijos. ¡Se nos acaba el corazón!".)

Jun Camé.—¿Han muerto ya?

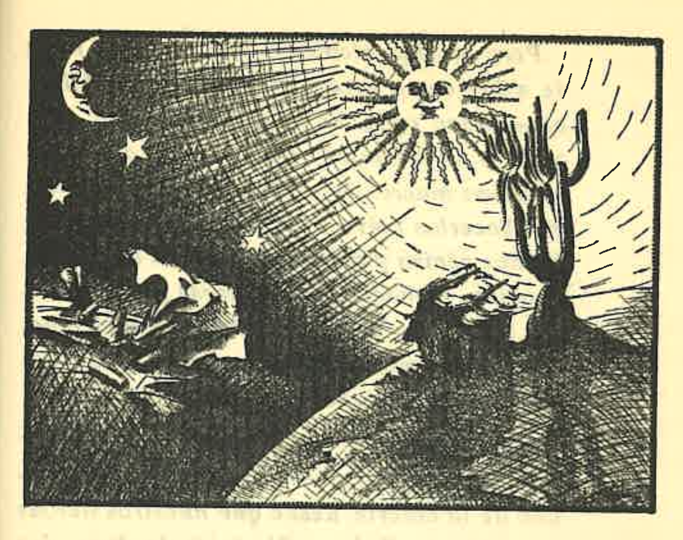
Xulú y Pacam.—Así es.

Gukub Camé.—Por tanto, levantaos, verdugos; llevad ahora sus cenizas, sus restos de huesos, y moledlo todo, y arrojad esa harina a los ríos.

Jun Camé.—Y vosotros todos, hombres, jefes, gentes de Xibalbá, salid a los montes, silbando, cantando, levantando las manos, porque ciertamente vencimos. ¡Haya fiesta, haya fiesta en Xibalbá!

Pero, realmente, ¿habían muerto Ixbalamqué y Junajup? Esto lo sabrá tan sólo quien leyere el siguiente episodio. Y el que no lo leyere, no sabrá.





"Y en medio de esta luz nueva, Junajup e Ixbalamqué se elevaron al cielo. Ixbalamqué es el sol y Junajup es la luna...."

XIII

LA DESTRUCCION DE XIBALBA

¿Faquires en América? Faquires en la remota América precolombina? Sí, lectora o lector... Faquires en América. Dioses-faquires, como luego veréis; que no hay rareza que no se encuentre en el Popol Vuh, esa Biblia mil-y-una-nochesca, o esas Mil y Una Noches bíblicas de los indios mayas; finas rarezas que yo estoy pasando de los fríos versículos en que yacían, a la cálida palabra del arte.

Pero prestad atención: que ahora se trata de saber cómo sucedió finalmente en Xibalbá —negro reino de la muerte—, con Junajup e Ixbalamqué, esos dioses del alba. ¿Habían muerto de verdad? Con quemarlos, con hacerlos polvo y cenizas, con arrojarlos, hechos ceniza y polvo, a las aguas de un río, ¿podían, verdaderamente, darse por victoriosos los dioses de la tiniebla? ¿Podía alborozarse el corazón tenebroso de Gukub Camé, el corazón tenebroso de Jun Camé?

Sabed primero que comenzaron a pasar muchas extrañas cosas en Xibalbá, esa ciudad de la muerte, desde que nuestros héroes fueron aniquilados. Ciertamente, todos los jefes, todos los hombres de Xibalbá, subieron a los montes, silbando, gritando, levantando las manos, porque Junajup e Ixbalamqué habían muerto en el sacrificio; porque sus huesos, hasta la última astilla, habían sido hechos polvo y harina, y arrojados a las aguas de un río. Pero, ¿habían muerto de verdad estos divinos brujos, estos dioses nuevos, estos grandes sabedores de astucias?

Por todo Xibalbá se levantaron noticias de que nuevamente andaban Junajup e Ixbalamqué, haciendo cosas raras, como si nada les hubiera pasado. "Id a traerlos a nuestra presencia", dispusieron los monarcas. Y sus servidores fueron a traerlos, para que sus monarcas viesen y supiesen.

Mirad, pues, aquella plaza de Xibalbá, en la plaza, los negros sitiales de Jun Camé y de Gukub Camé. Vedlos ahí rodeados de sus jefes y magnates, a la espera de Junajup e Ixbalamqué; oíd cómo quieren saber todo lo que se dice por la ciudad.

Gukub Camé.—Hablad, contad. Queremos saber todas las cosas que visteis o que oísteis contar.

Chiquiripat.—¡Ay, señor! Así que hubieron sido arrojadas al agua las cenizas de los héroes, éstas cayeron al fondo del río: es verdad; mas de ahí a poco se levantaron de las aguas dos hermosos mancebos, de tal presencia como los que acababan de morir, pero aun más hermosos.

Jun Camé.—Y tú, ¿qué hiciste? ¿Prenderlos? ¿Matarlos? ¿No estabas tú también, Cuchumaquic? ¿Qué hicísteis, pues?

Cuchumaquic.—Quisimos prenderlos, mas al punto desaparecieron.

Gukub Camé.—¿No tenéis más qué contar?

Ajalpuj.—Al quinto día, he aquí que yo iba por los montes, y los vi. Iban cantando una canción. Cantaban: "Ya pronto triunfará la luz".

Jun Camé.—¿Y no los mataste? ¿Y no los perseguiste? ¿Y no los sacrificaste tú, allá?

Ajalpuj.—En vano fué querer. Huyeron. Bajaron al río; tomaron forma de peces. Y yo no supe más. Pero al día siguiente los vió también Chamiajolom.

Gukub Camé.—Habla ya.

Chamiajolom.—Al siguiente día, iba yo por una calle de Xibalbá, cuando he aquí dos pobres se dejan ver, dos pobres en muy pobres harapos.

Jun Camé.—¿Y quiénes eran?

Ajalkaná.—Eran ellos: yo también los vi. Por tanto me puse, como todos, a admirar sus habilidades: cómo bailaban la danza de la comadreja, la danza del armadillo, la danza de los abrazos, la danza de los sembradores.

Gukub Camé.—¿Todo eso hacían?

Quicxic.—Todo eso, y más todavía. También bailaban la danza del fuego, la de quemarse y resucitar. Y las multitudes se maravillaban.

> *¡Ay, lector! ¡Y qué ojos los de Gukub Camé, los de Jun Camé! Ojos de espanto y de asombro.*

Jun Camé.—¿Quién más tiene algo qué contar?

Patán.—Yo. También bailaban otra danza. La danza de despedazarse el uno al otro. Despedazábanse el uno al otro, dábanse muerte, y luego revivían sus rostros. Ahora lo veréis vosotros mismos cuando aquí los traigan.

Gukub Camé.—Queremos verlos; queremos admirarlos; queremos honrarlos.

Chamiabak.—Llegando están, según se ven desde aquí.

> *Y, en efecto: gran tropel de gente rompió en la entrada de la plaza. Pero, ¡cómo los traían! A empujones, a empellones: así los traían a Junajup e Ixbalamqué, dándoles de estacazos en las espaldas.*

Jun Camé.—¿Y éstos son? ¿Estos, los brujos, los magos? ¿Estos mendigos?...

> *Remendados, andrajosos, con las caras en el suelo: así se postraron los bailadores de portentos delante del horrible trono.*

Gukub Camé.—Levantad, mendigos, y decid: ¿Es verdad lo que de vosotros se cuenta? Dicen que danzáis extrañas danzas, que tenéis muchas y raras habilidades.

Junajup.—Mandad y obedeceremos.

Jun Camé.—Danzad, pues, aquellas vuestras famosas danzas.

> *Y mientras el uno sacaba de su zurrón la conveniente flauta, el otro danzaba. Y turnándose en el tocar y el danzar, fueron bailando la danza de la comadreja, la del armadillo, la de los sembradores. Pero Gukub Camé y su hermano bostezaban. Menos mal que a su tercer bostezo Junajup e Ixbalamqué interrumpieron la danza.*

Gukub Camé.—¿No sabéis nada más? Esto es poco.

Ixbalamqué.—Mandad y seréis obedecidos.

Gukub Camé.—Danzad, entonces, aquella danza en que os despedazáis y matáis el uno al otro. Dejad vuestros tamboriles, vuestras flautas; y músicos de Xibalbá os acompañarán el baile: ese baile sabroso.

Junajup.—Aquí están nuestras flautas, nuestros tamboriles. Empiece la música y danzaremos.

Así dijeron. Y apenas comenzó el son de la caña y de la caja, ¡con qué fiereza se acometieron entre ajustados movimientos, y qué golpes los que se daban, en el rostro, en el pecho! Ponía blancas las caras el terror. Después empezaron a devorarse como un tigre a otro tigre, hasta que los dos cayeron. ¿Y qué decía la gente? La gente decía a una voz: "Muertos son; muertos son; murieron de veras". Así estaban diciendo cuando de pronto—¡arriba otra vez! —se levantaron tan sanos como si nada hubiese pasado, ese Junajup, ese Ixbalamqué.

Y se miraban atónitos Jun Camé y Gukub Camé, con las bocas abiertas; pero no bostezaban, no. Hasta que por fin habló aquél.

Jun Camé.—A la verdad que sois más ingeniosos que nosotros. Sabéis más. Habéis vencido a la muerte. Conocéis su principio y su fin; su entrada y su salida. Nosotros solamente su entrada. No se vió nunca cosa igual, bailadores. Estamos blancos de asombro. ¿Qué más sabéis hacer?

Ixbalamqué.—Si lo quisiéreis, quemaremos toda la plaza, todos los edificios en torno, todos los palacios de la plaza alrededor. Y luego de quemados, los resucitaremos.

Gukub Camé.—Hacedlo ya: que será muy sabroso.

Entonces principiaron a bailar una danza de embrujo. Y según iban danzando, hacian unos signos mágicos. Y como si volase fuego de sus manos, los edificios iban siendo envueltos del fuego. Así fué como incendiaron todos los palacios de la plaza alrededor de la plaza. ¡Todo era fuego rojo!

Y cuando todo hubo ardido, danzaron la misma danza, pero haciendo nuevos signos según bailaban; de modo que nuevamente se levantaban los muros, se recogía el humo, se iba el fuego.

De esta manera levantaron los muros, las torres, mejores que antes.

Jun Camé.—Está bien. Sois los mayores sabios que se haya visto. Conocéis las entradas y las salidas de todas las cosas.

Y mientras Jun Camé hablaba así, Gukub, su hermano, estaba muy pensativo. Pero allí habló de nuevo Junajup.

Junajup.—¿Qué gustáis que hagamos ahora?

Gukub Camé.—¿Ahora? Ahora destrozad a nuestra gente; despedazadla; pero que resuciten. Veamos cómo es.

Y entonces cortaron cabezas, arrancaron corazones, destriparon, destrozaron a su deseo y saber. Y después compusieron, acomodaron cabezas, resucitando a su placer. Y Gukub Camé y Jun Camé, ¡qué contentos estaban!

Ixbalamqué.—¿Deseáis, que hagamos más todavía, ¡oh, soberanos nuestros!? Ved aquí, Junajup. Quiero despedazarte, descuartizarte, Junajup.

Junajup.—Hazlo, hermano, que no hay cosa más agradable en el mundo que resucitar después de haber sido despedazado.

Ixbalamqué.—Aquí, pues, te despedazo, te descuartizo y lanzo lejos tus miembros; tus brazos, tus piernas. Y arrojo tu corazón por este lado y tu cabeza por este otro. ¿Lo habéis visto? Por los cuatro cabos del universo se dispersaron los miembros de Junajup.

Y todos estaban maravillados.

Ixbalamqué.—Pero así que yo diga: "Levántate, Junajup", he ahí renacerá delante de nosotros. ¡Ea, Junajup! ¡Levántate!

Junajup.—Te obedezco y te saludo, Ixbalamqué.

Y tanto y de tal modo se maravillaron cuantos estaban en la plaza, delante del trono de los amos de Xibalbá, que éstos ya no pudieron contenerse más tiempo, y dejando sus sitiales suplicaron a los héroes.

Jun Camé y Gukub Camé.—Ahora haced esto mismo con nosotros. Queremos morir, queremos resucitar más hermosos.

Los héroes.—Sea, sea. Aquí delante de vuestro pueblo, a la faz de vuestros jefes, os despedazaremos.

¡Y vaya si los despedazaron! Allá les cortaron las cabezas, allá se las machacaron. Allá les arrancaron los corazones, allá se los hicieron polvo. Pero no los volvían a la vida, no, de ninguna manera. Antes bien, Junajup tomaba un rostro fiero e Ixbalam-

qué se hacía digno de ser llamado, como se le llamaba, "el que se parece a los tigres". De consiguiente, el terror se esparció por la plaza, y uno a uno los jefes se querían levantar, huir. Mas, ¿lo conseguirían?

Ixbalamqué.—¡Ay del que se mueva y huya!

Así amenazaba el héroe.

Unos jefes a otros.—Se acabaron nuestros amos. Muertos están y para siempre.

Otros jefes entre sí.—No tendrán piedad de nuestros rostros. ¡Estamos perdidos!

Muchos, clamando.—¡Tened piedad de nosotros! ¡Tened piedad!

Los héroes.—Y vosotros, ¿de quién la tuvísteis? Vuestro último día ha llegado; el último día de Xibalbá.

Todos.—¡Perdición! ¡Perdición!

Los héroes.—Gritad, gritad perdición, porque perdidos sois; porque somos los vengadores de la prole del alba; porque el día llega. Gritad vuestra perdición, porque no quedará ni el hueso de una persona ni la piedra de una casa; ni un hueso ni una piedra de Xibalbá. Vencidos son los buhos, los buitres, los cuervos. Vencido el pecado. Vencido el terror. Vencida la locura. Vencido el mal. Vencidos vosotros.

Y todo Xibalbá perecía; ardía, quemábase; desvanecíase en humo para siempre; y los hombres, enloquecidos, matábanse los

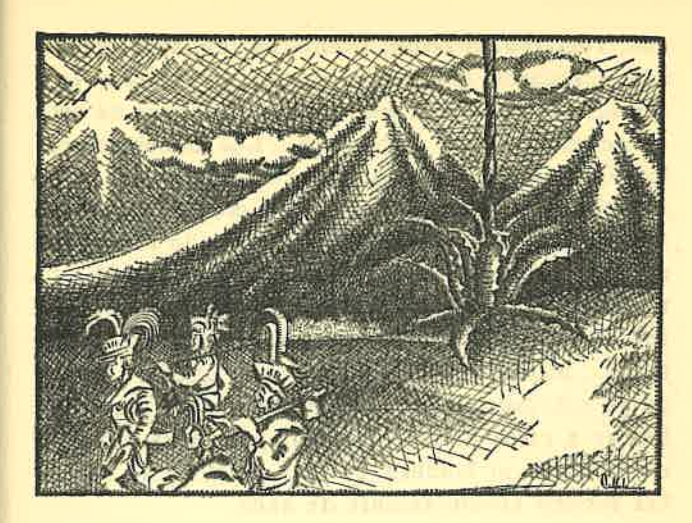
unos a los otros, morían entre los brazos de las llamas, entre las basuras flotantes de las humaredas.

Así pereció Xibalbá todo entero, hueso a hueso, piedra a piedra. Pero antes de sucumbir aquellos seres, aquellos servidores del mal, aquellos sembradores de miseria y de dolor, de luto y de muerte, de esclavitud y de tinieblas, vieron cómo entraba una luz nueva; cómo se iluminaba de manera nunca vista la faz del aire.

Y en medio de esta luz nueva, Junajup e Ixbalamqué se elevaron al cielo.

Y desde ese tiempo, Ixbalamqué es el sol y Junajup es la luna.





"Los cuatro arquetipos de las gentes: Balam-Quitzé, Balam Akap, Majucutaj e Iquí-Balam".

EPILOGO

¿La noche? No; ya no era la noche. Ni era tampoco el alba iluminando uno de tantos provisorios paisajes del caos. Era el día. Todo lo que debía estar, estaba. Todo había sido acabado de edificar por los Constructores, por los Formadores, por las Madres, por los Padres. Todo. Los tres Relámpagos, los tres Espíritus del Cielo, los tres dioses de relampagueantes vestiduras, trabajaron juntos hasta terminar la obra. Se levantaron las montañas, corrieron los arroyos entre los montes; los venados, los pájaros, los pumas, los jaguares, las serpientes se abrieron paso por entre los beju-

cos; rugieron, balaron, bramaron, aullaron, gruñeron, graznaron, cacarearon, gorjearon los seres conforme a su particular naturaleza. Después de esto, se pensó en crear al hombre. Los Constructores, los Formadores, las Madres, los Padres; todos los Espíritus estaban despiertos. Y crearon. Fué un fracaso. Fracasó el intento. El mundo estaba demasiado húmedo: la carne de tierra no sirvió. La tierra de su carne se fundía, se deshacía, blanda, fofa; se fundía irreparablemente, retornaba a ser tierra. Mientras tanto, el rostro se quedaba vuelto de un solo lado; la cabeza, sin memoria. Hubo que llamar a otros dioses en auxilio, en mira de crear nuevamente al hombre, porque aquello otro no había servido absolutamente de nada.

*
* *

Fueron convocados entonces los que llevaban por nombre Antiguo Secreto, Antigua Ocultadora, Maestro Mago del Alba, Maestro Mago del Día. Tuvieron consejo. Y comenzaron a formar al hombre, esta vez, de madera esculpida, con que hicieron una gente de madera que fracasó también. Esta otra gente caminaba, vivía, pero no hablaba. ¿Para qué servía eso así? No, no eran hombres aún. ¿Qué eran, pues? Muñecos de palo. Los dioses bajaron las frentes, avergonzados. ¡Qué hombres aquellos! Caminando, vagaban sin objeto; eran autómatas de palo; muñecos, maniquíes, ensayos. ¿Tenían manos? Como si no las tuviesen: los cinco dedos, pegados. Las mejillas, secas; los pies sin

consistencia. Cayó entonces una negra lluvia expiatoria. Perecerían todos, salvo aquellos que en la desesperación del peligro, se balanceasen en lo alto de los árboles, se tornasen monos. Inútil fué que les saliese por defensor el presuntuoso Gukub, diciendo: "Yo soy el sol". Todos los destructores entraron en la danza de la destrucción: el Cavador de Rostros, el Murciélago de la Muerte, el Brujo Buho. Hora de cataclismo. Las bestias mordieron, trituraron la carne maldita; el hombre les fué brindado de pasto. *"¡Joli! ¡Joli! ¡Juquí!"*, clamaban los hombres de la humanidad fracasada. Nacieron, y no eran más que sombras. Como sombras desaparecieron.

*
* *

Por consiguiente, no hubo durante mucho tiempo otros seres espirituales que dioses y héroes de divina estirpe, semidioses, estos últimos, como por ejemplo, Ixbalamqué y Junajup, los héroes justicieros, serviciales, bienhechores, los de las certeras cerbatanas que acabaron un día con el presuntuoso Gukub y, más tarde, con su descendencia. O andaban seres como los Abuelos del Mundo, llamados, respectivamente, Gran Jabalí del Alba y Gran Tapir Hembra del Amanecer. A bodocazos hirieron a Gukub los héroes serviciales, y después lo sacrificaron. Y murió en buena ley y justo castigo, porque no convenía que hubiese un dios tan vanidoso como él ni orgullo así como el de sus plumas vistosas e insolentes. Y murieron también, a manos de Ixbalamqué y Junajup, los dos hijos del muerto

Gukub: Zipacná y Caprakán, peores que él. Aquél decíase hacedor de montañas; este otro llamábase el Terremoto. Querían levantarse hasta los astros, y cayeron. ¿Eran, pues, enemigos de la grandeza los estatutos del naciente universo? No, en modo alguno; mas lo eran, y lo serán eternamente, de la desproporción y del desequilibrio. Todo esto sucedió, y empezó a darse a conocer por entonces la incontrastable fuerza del dios invisible Huracán; el dios, no de metal, no de rocas, el dios de aliento puro, que está en todas partes.

*

* *

No era posible que los dioses de la muerte y la tiniebla y los genios del silencio infecundo permanecieran indiferentes más tiempo, a vista de la obra del mundo que adelantaba sin cesar. Sacaron de pretexto que los númenes del bien eran dados al juego de la pelota y que no podían soportar el golpeteo de los pelotazos allá en su limbo. Y aconteció lo que de toda necesidad tenía que acontecer: que los dioses de Xibalbá —esto es, de la Muerte—, y los númenes de la Vida hubieron de mirarse cara a cara. Guerra larga, de lazos, acechanzas y astucias. La Tiniebla levantada contra la Luz: trance horrible. La Tiniebla pariendo, echando al mundo sus engendros espantosos para destruir a los hijos de la Luz salvadora; patético trance. Y bien: durante todo ese lapso pasaron extrañísimas cosas, las más extrañas de leer y de saber, hasta que vinieron los días de la doncella libertadora, y aun acon-

teció que Guok, el negro cuervo del reino de Xibalbá, tornóse en Gavilán luminoso y salvando sobre sus alas a la dulce virgen Ixquic, se puso de parte de la Luz. Vana creencia fué la de los monstruos de Xibalbá de que habían muerto bajo sus garras los bienhechores númenes. Junajup e Ixbalamqué resucitaron, hijos de la virgen Ixquic. Este fué el maravilloso caso. Y pasaron a causa de esto, muchísimos portentos más, entre acechanzas diversas. Mas, finalmente, los señores del tenebroso abismo fueron vencidos, y con ellos, vencido el pecado, vencido el temor, vencida la locura, vencido el Mal. Y por justo premio y bien merecida gloria, Ixbalamqué se transformó en el sol, y Junajup en la luna.

*

* *

Y desde ese punto empezaron su nuevo juego los días y las noches, en la bella inmensidad del mundo en orden. Pero antes, ya se vió, tuvo que ser pacificado el abismo. Zipacná y Caprakán murieron. ¿Y cuál fué su resurrección? Ninguna. Todo Xibalbá pereció. Sin embargo, el aire del mundo —y ésta es su fatalidad—, no se olvidará nunca del polvo de aquellas cenizas. Por eso el mundo es como es: salud y enfermedad juntamente, y por mucho que prevalezca la luz, en alguna medida triunfa siempre la sombra. De todas maneras, no había por qué demorar más la definitiva creación del hombre. Llegado era el tiempo de tratar seriamente acerca de esto. Por consiguiente, se congregaron otra vez los Constructores, los Formadores, los Pa-

dres, las Madres. Rotas las últimas nieblas de la gran alba, poco faltaba ya para que se limpiasen totalmente los aires, para que se viesen todas las estrellas en las noches puras y hermosas. Y abierta la consulta, se debatió punto por punto qué entraría, qué no, en la carne del hombre y en la fuerza de su sangre. Mazorcas amarillas, mazorcas blancas, todo lo trajeron. ¿Quiénes? Animales buenos, serviciales, traían el material necesario. Sobraba todo. El mundo se podía llamar, ciertamente, la Ciudad de la Abundancia.

*

* *

Hechos fueron entonces los cuatro arquetipos de las gentes: Balam Quitzé, Balam Akap, Majucutaj e Iqui Balam; los dos primeros y el último, semejantes a gallardos tigres; el tercero, un presuntuoso sin igual. Y poco a poco fueron cobrando humanas formas. Y fueron hombres. Hombres de verdad. Hombres de verlo, de entenderlo, de saberlo todo. ¡Y cuánto se alegraban! Decían: *He aquí, nacimos. Tenemos boca, tenemos cara, hablamos, oímos, meditamos, andamos a nuestro placer, conocemos lo próximo y lo distante. ¡Existimos! ¡Vivimos! ¡Miramos a las cuatro esquinas de la creación, lo conocemos todo!* Que fué cuando dijeron, a su vez, los Engendradores: *Por desgracia, esto salió demasiado bien. Si no rebajamos el poder de estos protohombres, serán ellos como dioses. ¿Y entonces?*

Y lo debatieron.

*

* *

—¿Está bien que el hombre sea como un dios, que lo vea todo, que lo oiga todo, que lo sepa todo?

—Está muy mal. Enturbiemos su mirar; echemos un turbio aliento sobre el espejo de sus ojos y pierdan sabiduría en proporción.

—Escuchad. ¿Qué haremos, después de esto, para consolarlos?

—Los consolaremos dándoles esposas, compañeras.

—Compañeras, esposas que sean bellas, y los pobres se regocijarán.

Y fueron las compañeras. La mujer de Balam Quitzé se decía venida de la mansión del mar; la de Balam Akap decíase de no lejos de la otra; la tecera, de la mansión de los colibríes; la cuarta, de la mansión de los guacamayos.

Y éstas fueron las parejas de que nacieron los quichés (y claro está que todos los hombres), que después se movieron de uno en otro sitio y aprendieron a honrar a los dioses con sacrificios y plegarias.

¡Oh, sol de la vida! ¡Y cuán agradable hubiera sido siempre el mundo, de no flotar en los aires aquella no olvidada ceniza del reino de la destrucción y de la muerte! Semejantes a horribles mur-

ciélagos, fórmanse de tiempo en tiempo mensajeros de Xibalbá. ¿Cuándo fué de otro modo? ¿Cómo podrá dejar de ser así? Con esa deplorable ceniza que flota en el viento se forman aquellos mensajeros del mal.

*
* *

La humanidad echó a vivir. Y hubo, como tenía que ser, en unos sitios abundancia, en otros escasez; aquí grandes fríos, acullá grandes lluvias. El destino con toda su diversidad: fuertes y débiles; perversos y mansos; hacendados y holgazanes; cantos y lamentaciones; los que se quedan en un lugar, y los que se retiran; los que se atreven a transponer una montaña, y los que no se atreven; en suma, los emprendedores y los pusilánimes; los que esperaban el fuego hecho y los que supieron arrancarlo de las maderas o de las piedras; los que acechaban la salida del lucero del alba para levantarse y los que dormían hasta muy alto el sol; los que no se detuvieron ante el mar, y los que no fueron capaces de atravesarlo; los que eligieron a su tiempo las guaridas, los abrigos, los escondrijos, y los que se quedaron al raso; los que supieron distinguir entre un monte y otro, entre una selva y otra, y los que no sabían discernir; los que se dejaban abatir de los obstáculos o del dolor, y los que se sobreponían a toda prueba; los que atinaron a subir a la Montaña de la Consulta, y los necios que se contentaron solos con su parecer. Pero nada de esto quitaba que a cada salida del sol todo animal y toda planta se regocijase, y que aleteasen y cantasen los pájaros con alborozo.

*
* *

Y hubo separaciones y rivalidades, y hasta dioses distintos. Mas prevaleció sobre todos el que mejor ordenó los sacrificios que determinaban de suyo la unión de los hombres y muchas labores previas en común, para tener así, venados y frutos, caza y recolección. De este modo se aliaron los mejores dioses con los mejores hombres. Pero no era lo mismo en todas partes. Y hubo estragos, matanzas y sacrificios humanos. Y el dios Tojil era el que tenía más adeptos; el cual dios Tojil aceptaba sacrificios en pago de culpas, y las redimía. Y hubo cierta tribu que quiso emparentarse con este dios, para lo cual eligieron dos blancas doncellas que lo tentasen desnudas en el baño; mas no se salieron con la suya, sino que antes bien cosecharon desdicha: ¡lección terrible aquella de las túnicas pintadas, en que se abrasaron los malvados!, y siempre, siempre triunfaron los elegidos, los redentores, los civilizadores, los protohombres, maestros de los mejores hombres, hasta que llegó la hora de que se elevaran al cielo, en muy justa recompensa.

*
* *

Descendientes suyos conservaron por mucho tiempo, como tenía que ser, los signos de aquel mismo poder y majestad, y muchos de sus secretos; de los cuales hombres decían y aun dicen hoy descender

algunos pueblos de las montañas y los valles. Pero entre todos éstos, ¿cuál acreditará mejor aquella descendencia que el pueblo poseedor del *Popol-Vuh?*

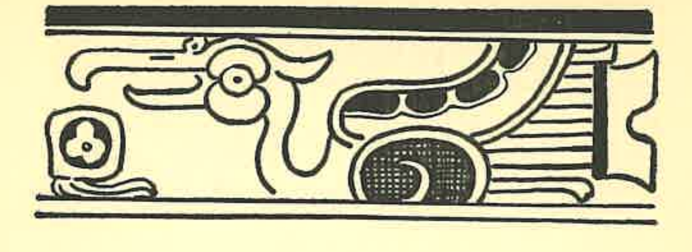
Y aquí doy término a mi peregrinación, a esta ruta de Eneas que era necesario cumplir con los más amables númenes de América, para que no perteneciesen tan sólo a los sabios y a los eruditos. A los que me preguntaban: *—Pero, ¿qué es lo que haces, poeta?*, les respondía: *—Esto: una emigración de dioses. Voy conduciéndolos de una zona para muchos vedada —la zona de la ciencia—, a los libres campos del arte, para todos accesibles. ¿Hasta cuándo había de ser el Popol-Vuh, como un orgulloso secreto? Nuestra América no quiere, ni en esto ni en nada, secretos de orgullo.* También me preguntaban en el camino: *—Y ellos, los dioses, están contentos?* A lo que yo contestaba: *—Sí que lo están: con una alegría muchos siglos reprimida. Y yo, tan alegre como ellos, al devolverlos con fortuna al corazón de las gentes.*

Y ahora puedo añadir. Me huelga, sí, de haberlo hecho, y a causa de mi alegría hasta llegué a parecer, lo recelo, más vanidoso que el mismo dios Gukub; y no era que lo sea, ni que lo fuese en la ocasión, sino alegría que me daba trabajar para América. Y también habrá parecido, por obra de este ingenuo entusiasmo, cuando dije, verbigracia, que la erudición es silencio y encierro, que ponía en menos la labor de los sabios, la tarea de los eruditos, preciosa y fundamental... Mas, ¡cómo sería esto nunca! Altos, altísimos, pongo sus nombres, y admiro como el que más a estos maestros generosos y raros. Y entre éstos, ¿cuáles mayores en generosidad y en saber que J. Antonio Villacorta C. y Flavio Rodas? ¡Todas las alabanzas de la gratitud para ellos!

Pero iba diciendo que fué largo y hermoso el peregrinar y que me preguntaban cosas por el camino. ¡Algo más que preguntarme cosas! Sé muy bien que no pocos eran los que se decía, al oír la baraúnda de estos dioses de América, y al verlos desnudos y libres como nunca se vieron dioses: *—¿Pero quiénes son estos seres?* Y aun creo que se asomaban los sacristanes a los pórticos, preguntándose si no sería bueno cerrar las puertas de las iglesias para que no se introdujesen de rondón; hasta que —también lo creo—, la sombra del abate Brasseur de Bourbourg venía a decirles (y asimismo, claro está, la de Fray Francisco Ximénez): *—¡Sacristanes locos!... Nunca hubo santos más santos, por ejemplo, que San Ixbalamqué o San Junajup...* Y con esto se les quitaba el miedo a los sacristanes: así, al menos, lo creo.

En fin, acabada es la obra. Hubimos de prometer un *Popol-Vuh para todos*, y está cumplido.

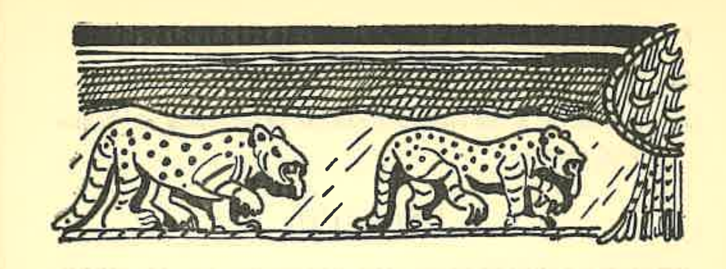




INDICE

EPISODIOS DEL POPOL-VUH





Obras de Arturo Capdevila

POESIA

JARDINES SOLOS (agotada).

MELPOMENE (sexta edición).

EL POEMA DEL NENUFAR (tercera edición).

EL LIBRO DE LA NOCHE (agotada).

LA FIESTA DEL MUNDO (agotada).

EL TIEMPO QUE SE FUE (agotada).

SIMBAD (segundo millar).

EL APOCALIPSIS DE SAN LENIN (agotada).

TEATRO

LA SULAMITA (agotada).

EL AMOR DE SCHARAZADA (tercera edición)

LA CASA DE LOS FANTASMAS (agotada).

ZINCALI (agotada).

EL DIVINO MARQUES (agotada).

BLANCA D'ORIA (agotada).

JOAN GARIN E SATANAS (edición barcelonesa de homenaje al autor).

DERECHO

DHARMA (INFLUENCIA DEL ORIENTE EN EL DERECHO DE ROMA) (agotada).

HISTORIA Y BIOGRAFIA

LOS HIJOS DEL SOL (tercera edición).

LAS VISPERAS DE CASEROS (segunda edición).

RIVADAVIA Y EL ESPAÑOLISMO LIBERAL DE LA REVOLUCION ARGENTINA (segundo millar).

LA SANTA FURIA DEL PADRE CASTAÑEDA (tercer millar).

OTRAS OBRAS

EL CANTAR DE LOS CANTARES (agotada).

LA DULCE PATRIA (agotada).

CORDOBA DEL RECUERDO (agotada).

LOS PARAISOS PROMETIDOS (agotada).

AMERICA (tercer millar).

BABEL Y EL CASTELLANO (tercera edición).

ESPECTROS, FANTASMAS Y MUÑECOS DEL ROMANTICISMO (segundo millar).

DEL LIBRE ALBEDRIO (agotada).

DEL INFINITO AMOR (segundo millar).

EL GITANO Y SU LEYENDA (segundo millar).

LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS (agotada).

TIERRAS NOBLES (VIAJES POR ESPAÑA Y PORTUGAL) (agotada).

LOORES PLATENSES

TIERRA MIA

ANTAÑO (acaba de aparecer).




UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
3 1822 00596 0448

Popol vuh.

ADMINISTRACION DEL GENERAL JORGE UBICO

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

ARTURO CAPDEVILA al gran Ventura García Calderón con fervorosa admiración, esta Biblia mil-y-una-nochesca, y la enhorabuena por

EL POPOL-VUH
PARA TODOS

ILUSTRACIONES DE

MIGUEL ANGEL AYALA

(GUATEMALTECO)

"Diciendo Paloma", estampa sin par.

Buenos Aires, 3/XII/938
S/c. Juncal 3,575

GUATEMALA, C. A.
JULIO DE 1938